

1/17172

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

APERTURA
DEL
CURSO ACADÉMICO
DE
1898 Á 1899



VALENCIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DOMENECH

1898

PAP.

1 ~~LIII~~
~~F-20~~
1/17172

DISCURSO

LEÍDO

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1898 Á 1899

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

POR EL

DR. D. PEDRO MARÍA LÓPEZ Y MARTÍNEZ

CATEDRÁTICO DE METAFÍSICA



VALENCIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DOMENECH

1898

EL EXAMEN DE LA NATURALEZA HUMANA NOS ENSEÑA QUE EL
PORVENIR SERÁ DE AQUELLOS PUEBLOS, QUE SEPAN UNIR AL
VIGOR DEL SENTIMIENTO POR SUS IDEALES EL MAYOR GRADO
DE EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN DE SUS INDIVIDUOS.





Ilmo. Sr.:

Señores:



OSTUMBRE es, en estos centros universitarios, solemnizar el día de hoy, dilucidando un punto de la ciencia particular, que cultiva el encargado de llevar la voz del Claustro en el solemne acto de la apertura. Nada, por consiguiente, tendría de extraño que nosotros, siguiendo esta costumbre, presentásemos á vuestra alta consideración uno de los muchos problemas, que actualmente solicitan la atención del metafísico, sobre todo, desde que por haber ocurrido el naufragio de los grandes sistemas filosóficos de la primera mitad del presente siglo y de la cobarde fuga de los pseudo-filó-

sofos, á quienes pudiéramos llamar hombres-mariposas de la ciencia, al campo experimentalista, que se cultivaba con la denominación de positivismo, todo hacía creer que había llegado la hora de la ruina de la filosofía, precisamente, en su base fundamental, la Metafísica; y este era el camino indicado, tanto más, cuanto que, si las exageraciones del idealismo dieron un motivo aparente á los científicos superficiales para entregarse con armas y bagajes en manos del *fenomenismo*, las ilógicas y vanas consecuencias de éste fueron bien pronto su descrédito y ruina, hasta el punto de partir de su mismo seno iniciativas muy señaladas en favor de la maltrecha y despreciada filosofía fundamental.

Nunca, pues, tan oportuno el momento de volver por los fueros de la filosofía, destruyendo las exageraciones de idealistas y positivistas, ni jamás tampoco más á propósito la ocasión de presentar con irrefutable evidencia la realidad de la hegemonía, que por derecho corresponde á la Metafísica sobre todas las ciencias, teniendo, como tenemos, pruebas sacadas de las conclusiones del Congreso internacional de Psicología, celebrado en Munich el año 1896, en el cual los naturalistas mismos no pudieron menos de proclamar la necesidad en que se hallaban de profundizar filosóficamente sobre sus vistas fragmentarias del mundo¹, si es que éstas habían de ser en algo útiles á la verdadera ciencia, que,

1 Max Wentscher. «Phil. de la France et de l'étranger». Moi de mai, 1897. Pág. 532.

ciertamente, no es patrimonio ni de idealistas, ni de experimentalistas, sino de aquellos que, cumpliendo las leyes del conocer, llegan á investigar la realidad con verdad y certeza y en el orden sistematizado con que la misma es en su sér.

Pero esto, que hubiera llenado cumplidamente nuestros deseos como hombres dedicados al cultivo de la ciencia Metafísica, no nos ha sido dado ejecutarlo, ni aun pasar más allá de intentarlo, en los momentos críticos por que atraviesa el pueblo español. Difícil, muy difícil, si no imposible, era á un catedrático español sustraerse á la tentación de examinar las condiciones individuales y sociales que hacen á los pueblos prósperos y les abren el porvenir, tanto más si, como nosotros, está obligado por su asignatura á investigar las causas de los fenómenos que en el tiempo y en el espacio se suceden. Tentación que se aumentó en nuestro espíritu cuando allá por Mayo atribuía la prensa á personalidades, como las de Salisbury y Bismark, el pensamiento de que se avecinaba para nuestra querida España el día de su muerte por su debilidad é inmoralidad.

Nuestras tendencias, desde que nos dedicamos á estudiar la ciencia primera, han sido siempre acomodarnos con amor á la realidad del objeto, que estudiamos y á la naturaleza de nuestro sujeto, que es el que la estudia, prefiriendo esto á seguir los vuelos de la imaginación, que, si podía darnos ayuda para efímeros y brillantes éxitos, podía, en cambio, conducirnos, en algún caso, á errores siempre lamentables. Hoy, que por azares de la

suerte, nos toca llevar, aunque indignamente, la voz del sapientísimo Claustro de la Universidad valentina, en el solemne acto, que inaugura las tareas del curso de 1898 al 1899, no podemos prescindir de aquellas tendencias, antes bien, á ellas pretendemos ajustarnos con rigurosa disciplina; y si las circunstancias nos imponen el deber de analizar de qué depende el porvenir de los pueblos, con objeto de ver si existen medios de regeneración y vida próspera para el nuestro, ó si, con efecto, ha sonado, en el reloj de los tiempos, la hora de su muerte, haremos la investigación procurando leer en la realidad; y como se trata de hechos, que ha de realizar el hombre en el presente para preveer el mañana, claro está que su porvenir ha de ser consecuencia de las aplicaciones, que haga de sus actividades, si es que es consciente y libre, ó de las causas que fatalmente influyan sobre las mismas, si es que, como alguien cree, es un sér fatal y necesario en sus operaciones.

Así, pues, si queremos conseguir nuestro objeto, no tenemos otro remedio que examinar la naturaleza humana y su desenvolvimiento, teniendo presente al mismo tiempo la naturaleza del mundo, que la rodea y, por consiguiente, formular la tesis, objeto de nuestro trabajo, del siguiente modo: EL EXAMEN DE LA NATURALEZA HUMANA NOS ENSEÑA QUE EL PORVENIR SERÁ DE AQUELLOS PUEBLOS, QUE SEPAN UNIR AL VIGOR DEL SENTIMIENTO POR SUS IDEALES EL MAYOR GRADO DE EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN DE SUS INDIVIDUOS.

No temáis que, llevados de las apasionadas ideas

políticas, que suele engendrar la bandería, ó que arras-
trados por el justo amor que sentir debe todo ciudadano
por su patria, faltemos á la verdad, y no sean las ideas
que expongamos aquí el fiel reflejo de la realidad obser-
vada, sin preocupaciones ni prejuicios de época ó siste-
ma, sino más bien nuestros estados subjetivos. Ni este
es sitio donde caben las pasiones políticas, ni aun cuan-
do cupiesen, nosotros las expondríamos aquí. Ni el amor
á la patria es ciego y apasionado hasta el punto de obs-
curecer nuestra razón, ni aun cuando lo fuese, nosotros
lo traeríamos aquí para producir efecto en las actuales
circunstancias; mucho menos nos serviremos de él para
escudarnos y ocultar lo que para el pueblo español pu-
diera resultar un vicio ó un signo de decadencia. Los
vicios de un pueblo no se hacen desaparecer ocultán-
dolos, sino más bien averiguando qué actos los produ-
jeron, y ejecutando precisamente los contrarios que lo
lleven á la virtud; ni los signos de decadencia desapa-
recen teniendo tolerancia con ellos, sino señalándolos sin
contemplaciones y extirpándolos de raíz.

I.

Todo pueblo, considerado en el conjunto de su masa,
presenta una fisonomía media de cultura, resultado del
grado de civilización alcanzado por los individuos, que
lo componen en todas y cada una de las esferas de la

actividad humana, la cual explica su desenvolvimiento religioso, moral, artístico y técnico, así como también el físico y fisiológico; por tanto, podíamos desde luego, como medio de comprobar nuestra proposición, recorrer todos los pueblos, que tuviesen un carácter propio, examinar sus hechos y concluir de ellos, por inducción, que se va aumentando el poder de un pueblo, á medida que alcanzan sus individuos la instrucción y educación en su mayor grado y tienen ideales que los unen para la vida común. Pero si tenemos en cuenta el hecho evidente de la formación lenta de los pueblos y notamos que éstos se constituyen por una especie de desenvolvimiento psicológico, que imprime poco á poco, en una masa de individuos, un carácter propio y una comunidad de vida, que aseguran la perpetuación de la familia y la transmisión de la cultura de padres á hijos; y si notamos también que la historia nos enseña que todos los grandes descubrimientos, que han colocado á los pueblos á la cabeza de la civilización, han sido debidos precisamente al resultado de la feliz iniciativa ó á la aplicación constante de la actividad intelectual de algunos de sus individuos, y no al trabajo ni al ingenio de la masa pueblo, como tal masa, encontraréis lógico y natural que empecemos examinando al individuo humano hasta averiguar cuáles sean sus propiedades esenciales, en qué modo y bajo qué ley se realizan, de qué suerte se han de unir para multiplicar sus energías y conseguir la disciplina interna, que haga suficiente al hombre en lo que le compete, como individuo, y la disciplina externa que le haga

apto para la obra de la solidaridad con sus semejantes, puesto que descubiertas que sean las energías, que aportan al conjunto pueblo sus componentes, es claro que tendremos la suma resultante de un modo más cierto, evidente y breve, que viendo sólo el obrar del conjunto, sin averiguar las múltiples concausas, que á él concurren. Y esto es tanto más digno de tenerse presente, cuanto que si es verdad que la naturaleza es un libro igualmente abierto á todo sujeto cognoscente, también lo es que no todo sujeto inteligente sabe aprender en los colores, olores, sabores, durezas, sistemas de cristalización, por ejemplo, cuál es el sér del mineral, ni en la caída de los cuerpos la ley de gravedad, ni en la florescencia y foliación la naturaleza del principio vital vegetativo, ni en la función sensible la vida animal, ni en los fenómenos de conciencia y determinaciones reflejas del hombre, su naturaleza racional y libre.

La sociedad también rodea generalmente al hombre desde su cuna hasta su tumba y le habla en idioma, que acaba por apropiarse; y sin embargo, ni todos la llegan á conocer ni mucho menos consiguen distinguir en ella lo que les ofrece, falaz y engañosa, de lo que les presenta en veneros de pura realidad. Ciertamente que el ambiente social contribuye á la formación del temperamento psíquico humano, del mismo modo que el ambiente físico contribuye á la constitución de los temperamentos fisiológicos; pero si no exageramos la nota de la influencia del medio ambiente y reducimos á sus justos límites lo que corresponde á la sociedad, notaremos que,

al fin y á la postre, todas las iniciativas de progreso habrán partido del individuo, y la sociedad las habrá conservado y sumado á las ya existentes.

Los individuos son los miembros sustantivos, necesarios y esenciales de todo pueblo, como los pueblos lo son de la historia de la humanidad y de sus razas; por consiguiente, de como sea la cualidad y función de aquéllos ha de resultar necesariamente la grandeza ó decadencia de éstos; pues así como si queremos que las aguas de un río vayan claras y cristalinas, no lo conseguiremos solamente con limpiar el cauce que recorren, sino procurando al mismo tiempo que los arroyos, que sucesivamente van aumentando su caudal de aguas, sean también puros y limpios, del mismo modo, tratándose de un pueblo, conseguiremos que éste sea religioso, moral, culto, vigoroso y próspero, educando é instruyendo á los hombres, que lo componen, en lo que su naturaleza tenga de educable y perfectible, siguiendo su finalidad propia, puesto que los individuos humanos son los arroyuelos y fuentes que deben ir, con sus energías é iniciativas fortalecidas, á engrosar ese gran río llamado pueblo, si éste ha de entrar en el mar de la vida señalando su curso mar adentro.

Haciendo, pues, objeto de nuestro examen al hombre, como individuo, nos encontramos con que no lo podemos conocer sino yendo de las operaciones que realiza á las propiedades con que las ejecuta y de éstas al sér que las posee, dándoles unidad y haciéndolas posibles, lo que nos hace referirlas á él, como su causa primera y única.

Ahora bien, el hombre, tal y como nos lo presenta la experiencia, se manifiesta á nuestra consideración nutriéndose, creciendo y conservando la especie mediante funciones, que llamamos generatrices, desenvolviéndose en estados de placer y dolor, realizando hechos, ó como el conocimiento y pensamiento, que suponen una relación entre un término referente y otro referido, ó como la impulsión é inclinación hacia ó contra un objeto percibido, ó finalmente, tales otros que colocan al hombre en ciertos y determinados estados, llamados de sentimiento ó afección, y que generalmente son caracterizados por una emoción pura y desinteresada. De aquí que las operaciones del hombre las podamos reducir á cinco grupos, conocidos con las denominaciones de operaciones: *vegetativas*, que tienen por objeto la conservación del individuo y de la especie; *sensitivas*, que le comunican y ponen en relación con la naturaleza sensible y con sus propios estados; *intelectuales*, que le ponen en relación de presencia y distinción con el sér; *apetitivas*, que le impulsan y mueven hacia ó contra el objeto percibido; y *locomotrices*, que le aproximan ó distancian en el espacio de la naturaleza sensible externa, que le impresiona, y que en su misma naturaleza corporal hacen posible la transmisión á los centros y de los centros á la periferia de las impresiones de fuera y de las incitaciones de dentro.

Es, pues, evidente, según resulta del anterior bosquejo, que en el hombre existen cinco grupos de operaciones con caracteres radicalmente distintos; por tanto, cinco propiedades activas, también distintas, deben exis-

tir en él, como causas próximas de las mismas, á no ser que supongamos el absurdo de que se dé un efecto sin causa y que olvidemos que toda operación sigue la naturaleza de su causa; mas como estas propiedades activas no sólo realizan varias operaciones, sino que también se ejercen sobre varios objetos, se llaman facultades; de ahí que se diga que las facultades humanas son cinco: la vegetativa, locomotriz, sensitiva, intelectual y apetitiva. Por otra parte, mirando á las esferas de hechos á que alcanza nuestra conciencia, distinguimos tres grupos de operaciones, que caen de un modo evidente bajo su acción consciente, estableciendo una relación en la que nos vemos sujetos de nuestras operaciones sensitivas, intelectivas y apetitivas, hayamos ido á ellas espontánea ó libremente; mientras que escapan á la misma generalmente las operaciones vegetativas y locomotrices, no porque no sea principio remoto de ellas el mismo principio vital que lo es de las otras, sino por el hábito y dependencia orgánica con que las realiza desde el primer día de su existencia, que llega á convertirse en una segunda naturaleza y sólo deja que, en muy contados casos, nos demos cuenta de que las estamos realizando. Por esta razón, sólo nos detendremos á examinar la sensibilidad, inteligencia y apetito, pues el conocimiento detallado de las restantes no puede decirnos más acerca de la naturaleza humana que lo que ya nos han dicho los caracteres generales que de las mismas hemos expuesto, esto es, que son fatales é imperadas en su ejecución y en sus medios de realización.

II

Las tres facultades que, mirando á nuestra conciencia, hemos distinguido, se ofrecen como potencias de relación y presencia. La sensibilidad, es caracterizada por el hecho de que al ponernos en presencia de la realidad sensible, nos la hace sentir sin distinguirla de ella, antes bien nos une con ella, mediante la comunicación y modificación de nuestro *yo* con que se nos revela, sin que baste por sí para fijar nuestra posición ante la realidad de que formamos parte, pero que no somos nosotros.

La sensibilidad manifiesta, modificando al principio vital humano, un carácter de indefinición tal, que sólo se empieza á definir cuando se hace objeto de nuestro conocimiento consciente, conservando siempre su fenómeno psicológico cierta vaguedad y complejidad, que explica perfectamente la afirmación de que los fenómenos sensibles mejor se sienten que se definen. Esta modificación, que la sensibilidad lleva al principio vital humano, es debida á dos órdenes de hechos tan completamente diferentes, como lo son los fisiológicos y los psíquicos, que dan por resultado, además de la modificación general, agradable ó desagradable, del principio humano, notas tan radicalmente diferentes en esta afección, que nos hacen llamarla en el primer caso *sensa-*

ción y en el segundo *sentimiento* por antonomasia; por eso diferenciamos en la sensibilidad humana una *física* que nos es común con los demás animales y otra *psicológica*, pura ó *afectiva* que nos es exclusiva, según que la modificación, agradable ó desagradable, sea causada por las impresiones que las cualidades sensibles de la realidad material verifican en los aparatos fisiológicos llamados sentidos, ó por los hechos psicológicos de que se da cuenta nuestra conciencia.

La sensibilidad física se realiza mediante ciertos y determinados aparatos fisiológicos llamados sentidos externos é internos, los cuales son órganos, á modo de instrumentos, necesarios para *sufrir* las impresiones singulares, concretas y materiales, que causan en ellos las cualidades de los objetos de la naturaleza externa ó de la propia corporal humana, para *transmitirlas* á los centros, *reaccionar* en éstos, produciendo corriente centrífuga á los órganos del movimiento y *comunicación* al principio vital humano. La sensibilidad física pone al sér sensible en relación con el mundo corpóreo extenso y temporal y con la naturaleza de su propio cuerpo, también extenso y temporal, gracias al instrumento de relación llamado sistema nervioso, tan admirable y complicado en su forma, cuanto sencillo en su estructura.

En efecto; en él encontramos aparatos periféricos llamados sentidos externos, como el oído, vista, tacto, gusto, olfato y otros no tan definidos; centros como la médula espinal, bulbo craneal, protuberancia anular, cerebelo, istmo del encéfalo y cerebro; y entre aque-

llos sentidos y estos centros, el cordón nervioso, que verifica la unión de la periferia al centro y de éste al músculo, por contigüedad del sentido al cordón, del cordón al centro por una célula con prolongaciones ejes, y entre célula y fibra por células comisurales; notándose también en los grandes centros, especialmente en la médula espinal, que unas células se unen con otras, ó por simple contacto ó por continuidad, mediante las prolongaciones protoplasmáticas y las cilindro-ejes, ó, como dicen algunos fisiólogos, por fibras comisurales, calculándose que las células posteriores de la médula son sensitivas y tienen corriente centripe- ta, mientras las anteriores son motrices y tienen co- rriente centrífuga. La médula se comunica yendo de célula á célula, y del modo que hemos dicho, con el bulbo craneal y protuberancia anular ó puente de Varo- lio; de aquí se comunica con el cerebelo por fibras trans- versales; del puente y cerebelo se comunica con los dos pedúnculos cerebrales, que contienen sobre ellos una masa de materia nerviosa con cuatro prominencias, llamadas tubérculos cuadrigéminos, que van á terminar en las grandes masas, conocidas con el nombre de tálamos ópticos, de donde parten fibras numerosas á otra porción de masa nerviosa, que se halla contigua, llamada cuer- pos estriados, masa intermedia, por donde afirman los fisiólogos que los tálamos ópticos se comunican con la substancia blanca de los dos grandes hemisferios cere- brales, último centro que viene á englobar todas las par- tes mencionadas del encéfalo, á excepción de la médula.

La comunicación del sér hombre con la naturaleza sensible se realiza produciendo ésta, por contacto inmediato ó mediato, una impresión en el aparato terminal que, cuando se trata del mundo externo, es cualquiera de los sentidos externos; la cual impresión es transmitida por la fibra nerviosa sensitiva hasta los centros, ó, si se quiere, hasta la célula central, donde se verifica la recepción, que se traduce en una reacción ó movimiento, que es llevado al músculo, órgano del movimiento, por la fibra motriz, al mismo tiempo que es comunicada la impresión al alma. Pero el sistema nervioso no sólo sirve para que se nos haga presente la realidad sensible, sino también, según indican datos anatómicos y fisiológicos, para dar separadas las impresiones sensibles, y en condiciones de que la inteligencia diferencie y distinga unas sensaciones de otras; así, si una luz nos parece violada y no roja, es debido, tanto á la naturaleza objetiva de la luz como á la naturaleza física y química del aparato óptico y del nervio transmisor, porque esa luz es capaz de impresionar tal ó cual parte de la retina y ser transmitida por tal ó cual fibra del nervio óptico, produciendo así la sensación del color violado, cosa fácil de comprender si tenemos en cuenta, por ejemplo, que cada cordón nervioso es una vaina de neurilema, que encierra gran número de manojos nerviosos, á su vez formados de varios manojos primitivos, todos los cuales poseen otras tantas envolturas de peri-nervio, constando cada uno de ellos de cierto número de tubos nerviosos con su terminación correspondiente en el sentido perifé-

rico, y de tal suerte, que cada uno de éstos va desde el sentido al centro nervioso, sin interrupción y sin cruzamiento; por eso la variedad de los colores parece depender simplemente de estos dos hechos: 1.º, de la naturaleza objetiva del rayo luminoso, y 2.º, de la naturaleza de la retina y de la del cordón nervioso. Así, si la luz sola puede darnos la impresión de colores variados, el contacto durezas diferentes, el movimiento vibratorio transmitido por las ondas aéreas sonidos múltiples, las moléculas de los cuerpos diluídos en la saliva sabores distintos, ó en las mucosidades de la membrana pituitaria olores diferentes, es porque la luz es compuesta de diferentes rayos luminosos, distintos en naturaleza, y puede cada uno de ellos obrar aisladamente sobre cada clase particular de fibras cromáticas, produciendo en unas impresión propiamente visual, y en las restantes del mismo órgano impresión únicamente táctil; si el contacto de la naturaleza sensible, puede darnos sensaciones variadas al mismo tiempo es porque, además de ser diferente el contacto de cada parte del objeto sensible, son también diferentes las fibras, que corresponden á cada papila de la yema del dedo, por ejemplo; y lo que decimos respecto de los colores y sensaciones táctiles, podemos igualmente decir de los sonidos, olores y sabores, haciendo notar que como todas estas impresiones exigen el contacto inmediato ó mediato con la realidad compuesta de varias partes, todas llevan consigo á la sensación el dato de la realidad impresionante para que, percibida por la inteligencia, pueda sacar de ella la idea,

no sólo de la extensión y corporeidad, *substratum* de toda sensación, si que también la idea de la cualidad que nos indica algo de lo que es la cosa sentida.

En realidad, pues, la organización del sistema nervioso, instrumento de la sensibilidad física y de la comunicación de nuestro principio vital con su propio cuerpo y la naturaleza sensible externa es doble, puesto que todos los puntos del organismo, que dependen del cerebro le son ligados por una doble red nerviosa, dado que de una parte encontramos los nervios por donde va la impresión periférica al centro, los cuales son ligados, ya directamente al encéfalo y á la médula, ó ya inmediatamente á los gánglios y mediatamente al encéfalo, y en este caso reciben el nombre de aferentes ó centripe-
tos, y de otra hallamos nervios, por los cuales el centro puede obrar hasta la perifería, llevando la reacción central hasta los músculos y son llamados nervios centrífugo-motrices ó eferentes. Todo lo cual nos prueba que en nosotros hay algo íntimo que impulsa á los centros sensibles, en donde el impulso toma forma material y se exterioriza por el movimiento centrífugo, y si acudimos á la experiencia, ésta nos presenta unos actos, como espontáneos ó instantáneos, y otros, como deliberados y libres, pero siempre viniendo de nuestro principio vital é imputables á su actividad, y siéndole exigibles ó no, según los ponga con deliberación y propia determinación, ó sin ninguna de estas condiciones, como en los impulsos instintivos; no escapándose de esta dependencia del principio vital humano, ni siquiera las funciones

vegetativas, pues el elemento eferente ó *incito-motor* del par cerebro espinal es impresionado primeramente por la acción cerebral, y él transmite esta impresión al par ganglionar, por cuyo medio la función vegetativa se encuentra así modificada, al mismo tiempo que la impresión del alimento en la víscera digestiva va de ésta al centro nervioso, por medio del gánglio, á la fibra ganglionar aferente y de ésta á la fibra cerebro-espinal aferente, y de aquí al cerebro, donde, por fin, comunica con la tercera fibra ó tubo-nervioso, que pone en relación, en los centros nerviosos, según Durand de Gros, los nervios centrípetos con los centrífugos ¹.

Si al hombre, dados sus medios de conocer, le es posible inducir una ley de los hechos, que manifiestan la sensibilidad física y su organismo de comunicación analizado, es evidente que podemos concluir: 1.º, que el cuerpo humano está organizado para comunicar con algo interno que es *uno*; 2.º, que el organismo en sí mismo, y prescindiendo de algo que lo organizase y diese la unidad que revela, no existiría; y 3.º, que es medio ó instrumento de relación del mundo sensible con ese algo íntimo y uno, que es el principio vital humano, y de éste con el mundo, haciendo así posible en el hombre, no el paralelismo entre el espíritu y el cuerpo, sino más bien la acción y reacción entre uno y otro. En efecto, llamamos sensación á toda modificación, agra-

1 Parodi.—«L'idealisme scientifique. Phil. de la France et de l'étranger.»—Moi de Fevrier. 1897. Pág. 144.

dable ó desagradable, sentida por nosotros, á consecuencia de una impresión de la naturaleza sensible en cualquiera de los sentidos; y vemos que para que se produzca este fenómeno se necesita que un algo material impresione el aparato del sentido, que esta impresión sea transmitida por el correspondiente nervio á su centro, en donde tiene lugar una especie de reacción que, en forma de movimiento, vuelve sobre el tejido muscular, y por último, que ese algo, que en nosotros siente se aplique á la impresión transmitida al centro nervioso, pues si no, no habrá la tal sensación, y aun cuando la hubiere, como si no hubiera existido para nosotros, y no existiendo para nosotros, claro es que de ella no podemos hablar.

Es cierto que aun no está bien dilucidada la cuestión por fisiólogos, anatómicos y filósofos, sobre si existe un solo centro que unifique, como centro receptor é incito-motor, al sistema nervioso, que hemos llamado de relación y diferenciación, ó si por el contrario, existen tres centros como quieren algunos, ó tantos cuantas son las masas nerviosas centrales, según indican otros; mas sea lo que quiera de esto, ello es que hay un hecho, que nos impone la admisión de la aplicación del principio vital humano á la recepción habida en el centro nervioso de la impresión, para que pueda existir la sensación; y este hecho consiste en que siempre y cuando hay en nosotros modificación agradable ó desagradable, á consecuencia de habernos impresionado algo material con sus cualidades sensibles, atendemos como tales seres á lo que nos estimula de fuera, haciéndonos presente

hasta el punto de que, cuando atendemos á una cosa con verdadera fijeza, cualquiera otra que sea la que nos impresione fuertemente y aun cuando haya la consiguiente *transmisión y recepción* de la misma, nosotros no seremos modificados sensacionalmente por ella hasta tanto que cesemos de atender á la primera; tal suele acontecer á los soldados en los combates que, teniendo fija la atención de su espíritu en la lucha desesperada contra el enemigo, no suelen apercibirse del dolor de las heridas, algunas veces de mucha importancia, hasta que no cesan de luchar; tal aconteció también al sabio Arquímedes, que hallándose en su habitación trazando líneas para resolver el problema de la cuadratura del círculo, no se dió cuenta del ruido, que debieron hacer los soldados cuando, abriendo violentamente la puerta, se arrojaban sobre él para prenderle. Realmente cualquiera que sea el modo de comunicación de lo sensible con lo espiritual, el momento de aplicación de lo que en nosotros sea el principio de vida á la impresión recibida en los centros nerviosos, es el más importante de los requisitos del proceso de la sensación, que es el resultado del ejercicio de la sensibilidad física, sin que por esto neguemos la necesidad de la *impresión, transmisión y recepción*, para que la sensación sea objetiva, sino únicamente hacer constar que es el que verdaderamente nos hace posible dar por terminada y realizada la sensación, y por consiguiente, la comunicación con la realidad sensible, fin inmediato de las potencias sensibles físicas.

III

El hombre, que se sirve de sus potencias sensibles para comunicarse con el mundo corpóreo, con estas solas fuerzas, no iría más allá de obtener datos vagos, indefinidos é inconexos de la sucesión de los fenómenos, que la realidad sensible le fuera imponiendo sin cesar, modificándole agradable ó dolorosamente, pero sin poder distinguirse de las sensaciones mismas, de las impresiones que las inician, de la transmisión que, como por hilo telegráfico, lleva la impresión al centro, donde acaso se pone en condiciones de ser diferenciada, y mucho menos por la sensación sola se puede distinguir de la cualidad material que le ha impresionado; mas afortunadamente no cesan con las sensaciones las percepciones del hombre, va mucho más allá, y se apodera del dato sensitivo, lo percibe diferenciándose de él y separa el dato percibido de todo lo que no es él, y hasta llega á poder decir cómo ha sido producido y cuál es la naturaleza del sér que le ha producido; y todo esto lo consigue el hombre por el ejercicio de una facultad que le es propia y permanente, que no adquiere hoy para perderla mañana, la cual opera de modo que si el objeto de su actividad son las cosas sensibles ó materiales, lo aprehende bajo la forma de universal, esto es, prescindiendo de su singularidad y materialidad y tendiendo siempre, ante la pre-

sencia de la cognoscibilidad del dato suministrado por la sensación, á ver lo permanente y esencial de lo sentido, mejor el sér propiamente dicho, mientras que si es lo inmaterial, lo aprehende tal y cual es. He aquí la facultad inteligencia. Por eso cuanto conoce el hombre, como inteligente, lo conoce bajo la razón de ser, y por eso todo un Hegel pudo, exagerando, identificar el conocer con el ser y afirmar que todo lo que tiene una forma lógica en el pensamiento es real y que todo lo real tiene una forma lógica en el pensamiento.

Las operaciones cognoscitivas las realiza el hombre no como cuerpo, sino como algo simple, activo y uno, puesto que aun tratándose de las relaciones que ve existen entre los datos suministrados por el ejercicio de la sensibilidad y los hechos que los causan, ó entre éstos y los fenómenos que los anteceden ó siguen, tienen tal carácter de universalidad y simplicidad, que los distingue radicalmente de aquellos otros fenómenos singulares y concretos de la sensibilidad, en los que vemos para su producción la necesidad absoluta de la intervención del órgano tal ó cual de nuestro cuerpo. Es verdad que podemos decir *yo siento*, pero también lo es que podemos decir *yo comprendo, yo pienso, yo quiero*, etc.; mas con esta diferencia, que cuando decimos *yo siento* esta ó la otra sensación, por efecto de algo sensible que la ha producido, no podemos menos de pensar en el órgano impresionado, y cuando decimos *yo comprendo, pienso ó quiero*, no pensamos en ningún órgano ni vemos la necesidad de su intervención. Así, cuando consideramos, por ejem-

plo, un triángulo dado, se hacen presentes á nuestra conciencia dos hechos de un orden muy diferente: primero, nos representamos un triángulo de una forma determinada con un cierto grandor de sus lados y ángulos, y segundo, al mismo tiempo concebimos la esencia del triángulo y nos formamos una idea, que conviene á todos los triángulos, de cualquier especie y de cualquiera dimensión que sean. Este segundo hecho que nace con el dato sensible, pero que le pasa en extensión, que contiene todavía los caracteres esenciales del individuo, pero que no guarda ya la individualidad, es idea pura, y como tal, hecho simple é inmaterial, producido por la operación presente; luego el ser pensante piensa, no en cuanto es cuerpo, sino en cuanto hay en él algo que es uno y simple.

La inteligencia humana es facultad innata del principio vital humano, y no se la puede localizar en un órgano, siquiera éste sean los lóbulos anteriores ó frontales, donde los prejuicios de la escuela naturalista la han venido residenciando; pues existe entre los hechos de conciencia, sensación é idea pura, un contraste tanto más marcado cuanto uno se eleva más alto en el vuelo del pensamiento. Afectados por la sensación los órganos extensos, no pueden serlo directamente por el pensamiento, inextenso y espiritual. Si podemos admitir que un órgano material y extenso sea afectado por un modo extensivo, tal cual lo es la sensación, que ha empezado por una impresión material en el aparato periférico, ó por una excitación en un centro nervioso, nos es impo-

sible el suponerlo afectado por un modo inextenso, tal como el pensamiento puro. Ese algo, que hay en nosotros, núcleo y centro de nuestra vida, y á que llamamos alma humana, cuando conoce se vuelve sobre sí mismo, establece con facilidad su unidad, su simplicidad y su identidad, permaneciendo invariable, en tanto que el organismo con quien vive en unidad substancial la vida actual, está en perpetuo cambio, á despecho y en medio del torbellino vital.

En el momento actual se estudia el contenido de las regiones frontales en todas sus partes, y ningún lugar se ha dejado allí á la inteligencia humana. El cerebro es un órgano de la sensibilidad y del movimiento. La existencia de todos los centros sensibles y motores ha sido establecida y reconocida experimentalmente, y nada autoriza sériamente, como no sean los prejuicios, para calificar el cerebro de centro secretor del pensamiento. En cuanto al lóbulo frontal, el último y mejor desarrollado, no es una razón el que adquiriera más volumen y más peso, á medida que uno se eleva en la serie animal, para que se le crea productor de la inteligencia. El cerebro humano y el cerebro del simio no difieren en ningún carácter de formación y de estructura, únicamente se diferencian algo en el peso y en el volumen, diferencia que no tiene valor alguno esencial, y sin embargo, ¿dónde está la razón del simio? Además, no basta para juzgar del valor de un órgano tener únicamente en cuenta su peso y volumen, puesto que si, como dice Longet, pasar de los insectos á los peces, es, morfoló-

gicamente hablando, subir, desde el punto de vista de las manifestaciones intelectuales es descender; sin contar con que tampoco la forma del cerebro está en relación con el grado de inteligencia, sino más bien con el género de vida que lleva el individuo y con las condiciones de existencia de la raza á que pertenece el animal observado. Así vemos que la Etnografía y la Patología, lejos de contradecir estas afirmaciones, nos presentan pueblos negros con soberbias frentes, idiotas con cerebros voluminosos y grandes hombres en el campo de la ciencia con cerebros relativamente pequeños; esto sin contar con que se han observado lesiones y destrucciones de uno y hasta de los dos lóbulos frontales ¹, sin que haya habido perturbaciones en la vida intelectual. Fué, pues, un error de Darwin hacer brotar la inteligencia de la ley de selección, como de Herber Spencer poner su origen en la evolución biológica. El hombre no conoce sino elevándose por cima del flujo de las impresiones sensibles y libertándose de la tiranía de la sensibilidad, único modo, por otra parte, de llegar á distinguirse como sujeto consciente de la relación de conocimiento.

No obstante lo anteriormente dicho, no somos de los que niegan en el hombre la connivencia de los elementos espiritual y material, antes bien, suponemos la acción y reacción recíproca del uno sobre el otro por acción concomitante, pero siendo el primero principio

1 Surblet.—«L' intelligence et les lobes frontaux du cerveau.—Revue des questions scientifiques.» Juillet. 1895,

formal é informante y el segundo informable y formado por aquél, explicándonos así las influencias mutuas é innegables entre uno y otro elemento. Por tanto, no nos extraña que, según experiencias de Johson Smyth, las enfermedades mentales, y sobre todo la locura, vayan acompañadas de síntomas más ó menos notables de anemia, tal como el de la disminución de glóbulos rojos en la sangre, ó que determinados estados morbosos del organismo, especialmente aquellos que afectan directamente á los centros nerviosos, impliquen cierta anormalidad y aun cesación del ejercicio de la inteligencia, pues siendo, como somos, seres de relación con la naturaleza corpórea, necesitamos órganos de relación para comunicarnos con ella; pero así como para regar una tierra no basta sólo que haya agua, si que además precisa que exista el canal que la conduzca, del mismo modo para conocer al mundo sensible no basta que el hombre tenga inteligencia, necesita además canales que lo lleven á la relación de presencia y distinción con el mundo, indispensable para que él conozca. Ahora bien, acaso estos canales ó aparatos orgánicos residan en las cortezas de los lóbulos frontales, no obstante que, como afirmó Obersteiner en el Congreso internacional de 1896, celebrado en Munich, no esté probado que la corteza cerebral sea el asiento de la conciencia y mucho menos, que el lóbulo frontal sea el asiento de la inteligencia, porque ni existen observaciones bastantes, ni las que hay hechas son lo suficientemente necesarias para que nos pongamos á buscar, en las modificaciones que su-

fren las células y fibras nerviosas, la explicación de los diferentes estados y procesos psíquicos.

Por otra parte, si fuese cierto que los fenómenos de la vida, y entre ellos el pensamiento, no fuesen otra cosa que fenómenos físicos y químicos, como han repetido después de Lavoisier, Magendie, W. Edwards, Juan Müller, Helmholtz, Claudio Bernad y otros, claro está que el pensamiento habría de estar sujeto al principio de conservación y de transformación de la energía, como indudablemente lo están aquellas fuerzas. Sin embargo, parece que no sucede así, puesto que es de experiencia que á medida que ejercemos nuestra facultad pensante, lejos de enfriarse el cerebro ó bajar su potencial eléctrico, lo que sucede es que aumenta la temperatura del encéfalo y la tensión eléctrica, lo que prueba, como dice muy bien Gautier, que el trabajo del espíritu no tiene equivalente físico ni químico.

Mas, ya lo hemos dicho, nuestra inteligencia, no sólo trabaja ante la sensación de origen externo, que solicita su actividad, sino que, formado el concepto ó idea, trabaja también sobre ellos y elabora el juicio y el raciocinio, manifestándose, como experiencia, entendimiento y razón, y como tal, está en posibilidad de conocer el hecho, la causa del hecho, ó sea el sér, y la relación entre el sér y el hecho, ó sea la ley; así, pues, el hombre conoce los accidentes y también las substancias en quienes residen aquéllos como en su sujeto, los efectos y también las causas que los ponen en la existencia, y, finalmente, viendo la relación entre causas y efectos,

conoce las leyes de producción así como, volviéndose sobre sí, se encuentra á sí misma sujeto cognoscente y consciente de los sentimientos, conocimientos y voliciones, que su sér pone; reconociéndose, en consecuencia, el hombre que tal facultad posee, activo y capaz de causar, sustantivo y sujeto de accidentes y determinante y libre de todos los actos, que pone deliberada y voluntariamente.

La inteligencia es, específicamente considerada, idéntica en todos los hombres, lo que hace posible la comunicación entre ellos; pero no se da en todos ellos en el mismo grado de desenvolvimiento y por consiguiente, no todos llegan á conseguir el mismo ingenio ni el mismo talento. Así, hay personas en quienes la inteligencia está enteramente absorbida por las exigencias de los negocios, ó por los mil pequeños detalles de la vida; ejerciéndose unas veces subordinada á las pasiones, otras á las incitaciones sensibles, y otras á las influencias sociales, no desplegándose libremente en tales casos; de ahí que, entre una inteligencia absolutamente subordinada y una verdaderamente libre, podamos reconocer una gradación de intensidad en el desenvolvimiento que nos dará la clave de la variedad de los caracteres intelectuales, que la experiencia encuentra todos los días al observar á los hombres. Una misma inteligencia puede recorrer todos los grados de esta escala, merced á causas muy diversas, y podemos asegurar que no hay inteligencia humana, que haya llegado al grado de absoluta independencia en su obrar, que no haya pasado en su infan-

cia por estar subordinada á lo sensible exterior que la ha solicitado. Toda inteligencia humana, como lo demostraría cualquiera psicología de la infancia, empieza produciendo los fenómenos intelectuales, sin que el sujeto que los produce pueda diferenciarse ni desprenderse por completo de los fenómenos sensitivos, afectivos y volitivos, pues obra tan obligada por las excitaciones de la sensibilidad, pasiones y voliciones, que es difícil aislar los fenómenos intelectuales de los que no son ellos. Más tarde, y luego que la educación é instrucción, vengan de donde vinieren, han influido sobre el sujeto, los fenómenos intelectuales se desligan de los restantes fenómenos y hasta entran en conflicto con ellôs; y por último, el fenómeno intelectual, en una inteligencia ya vigorosa y completamente consciente, y por tanto independiente, es abstraído enteramente de la pasión, el espíritu del individuo deja de ser apasionado, pesa, mide y distingue todos los fenómenos de que es sujeto agente ó paciente y se manifiesta verdaderamente en la plenitud del desarrollo intelectual, conociendo entonces su ley intelectual, que no es otra cosa que conocer á la realidad en sí y en sus manifestaciones y en la relación de aquélla á éstas, por medio de las fuentes de conocimiento, experiencia, razón y entendimiento, que se pueden distinguir en nuestra inteligencia. Cuando la inteligencia ha llegado á este grado de perfeccionamiento, las sensaciones y emociones son subordinadas á la finalidad que descubre la inteligencia para conseguir el bien que apetece la voluntad.

IV

El hombre no sólo se nutre, crece, se conserva en la especie, reproduciéndose por generación, en su parte corpórea, y se une á la realidad exterior y á la propia de su natuleza corporal, sintiéndola por medio de la sensibilidad y distinguiéndose de ella por la inteligencia, que la conoce, sino que además se revela en él una actividad, que se traduce por un movimiento ó inclinación hacia ó contra el objeto sentido ó conocido. Esta moción ó inclinación presenta varios caracteres, según que se inicie precedida de la percepción puramente sensible ó del conocimiento intelectual, originando así el apetito sensible en el primer caso y el apetito racional ó voluntad en el segundo.

Es, pues, el hombre apetente sensible y racional, y como apetente sensible se mueve é inclina, en una palabra, es impulsado hacia ó contra los objetos, que el ejercicio de la sensibilidad le da como agradables ó desagradables, sin tener en cuenta la finalidad ni la naturaleza del objeto, sino únicamente el placer ó dolor, pero sin previo juicio, conviniendo en esto con los demás animales, y llamándose por esta razón fiera al hombre, que se guía en su obrar únicamente por los impulsos de la inclinación del apetito sensible. Este impulso, hacia ó contra lo sentido, unas veces se manifiesta sin ir más allá

del natural desenvolvimiento de las energías humanas, y entonces lo llamamos apetito concupiscible; otras veces el impulso es tal, se manifiesta con tal vigor, y perturba en tal modo al hombre, que es arrastrado con violencia á vencer los obstáculos, que se oponen á la consecución de lo apetecido, esto es, hacia ó contra los objetos sensibles, y entonces el apetito toma el nombre de irascible que, por el carácter que presenta, tiene su principio y fin en el concupiscible, puesto que esta violencia contra los obstáculos sólo nace cuando el movimiento natural no basta para alcanzar lo apetecido y cesa luego que se ha conseguido lo deseado.

El conjunto de mociones ó inclinaciones afectivas, hacia ó contra los objetos sentidos del apetito sensible, constituye lo que llamamos pasiones humanas; pues en ellas, el sujeto es como avasallado y subyugado por el objeto apetecido, ya lo atraiga ya lo rechace. Las pasiones sensibles humanas, pues, son originadas por el ejercicio del principio ó potencia interna, sensibilidad; y claro está que si la sensibilidad la podemos subordinar á la dirección de la facultad consciente y puede ser educada y dirigida, las pasiones también las podemos someter á la subordinación de la inteligencia y educarlas y dirigirlas.

Las pasiones tienen su origen, unas en el apetito concupiscible, otras en el irascible; unas son simples y primarias, otras complejas y secundarias y originadas por dos ó más primarias; siendo las más caracterizadas entre las primarias, correspondientes al apetito sensible

concupiscible, relativas al bien: el *amor*, que nos lleva hacia el objeto sensiblemente percibido, como agradable en su posesión; el *deseo*, que nos inclina hacia el objeto ausente, cuyo disfrute anhelamos, y el *deleite*, que nos hace gozar con la posesión del objeto amado y deseado; relativas al mal: el *odio*, que nos impulsa contra todo aquello, que sentimos como repugnante ó nocivo, y que imprime en nuestro ánimo cierta displicencia y aversión; la *fuga*, que nos mueve á huir del objeto ausente, que nos es antipático, odioso y adverso; y la *tristeza*, que es una moción de depresión de ánimo, á consecuencia del recuerdo de un placer, goce ó deleite sentido y que hemos perdido. Entre las pasiones primarias, originadas en el apetito sensible irascible, referentes al bien, tenemos: la *esperanza*, pasión por la cual el ánimo se pone en relación con un bien futuro difícil, pero no imposible de conseguir; la *confianza ó audacia*, que es el impulso enérgico del ánimo para superar el mal grave, que amenaza impedir alcanzar un objeto deseado, ó quitar la posesión del bien conseguido; entre las referentes al mal, tenemos: la *desesperación*, que al contrario de la esperanza, es una inclinación que lleva al ánimo á romper toda relación con el objeto deseado, á causa de los obstáculos, que se le presentan para poder conseguir su posesión actual; el *temor*, que es la pasión contraria á la confianza ó audacia, y que produce en el sujeto un encogimiento que le anonada y deprime moral y físicamente ante la sola percepción sensible de las dificultades, que se oponen á la consecu-

ción de lo deseado ó para conservar lo obtenido; y, por último, la *ira*, que es una inclinación en la cual se concentran todas las energías del ánimo, ya para rechazar el mal grave, que nos amenaza al presente, ya para vengarse del recibido.

Al lado de las pasiones primarias citadas, y como secuela suya, aparecen las secundarias que, según sean bien ó mal dirigidas, así pueden dar origen á las virtudes como á los vicios, que, en el primer caso, ennoblecen al hombre y en el segundo lo degradan. Las pasiones se suele decir que, consideradas en sí, no son buenas ni malas; mas no cabe duda que, miradas como mociones, inclinaciones ó tendencias, que se siguen en el sujeto hombre, á consecuencia del ejercicio de la facultad sensible, al ponerse en relación con la naturaleza corpórea, son buenas, y aun si cabe todavía más, son necesarias á la naturaleza humana y desempeñan en el hombre el papel de despertadores continuos del ejercicio de la facultad cognoscente y el de estimulantes permanentes, que le incitan y sostienen, no ya en la lucha para conservar al individuo y á la especie en la vida, si que también para alentarle en el árduo y fatigoso trabajo de la adquisición de la ciencia y darle energías para formarse los hábitos, que se necesitan para hacerse un carácter moral, que, siempre y en todo caso, tenga por norma el cumplimiento del deber, realizando lo justo, lo bueno y lo verdadero. Por esto importa mucho conocer la etiología de las pasiones; no olvidar que unas son *exaltantes*, como el amor, deseo, deleite, esperanza, con-

fianza é ira, que excitan y avivan las energías anímicas y corporales, menos el deleite que, cuando es muy prolongado, puede producir la desorganización del cuerpo y el hastío anímico y otras *deprimentes*, como el odio, fuga, tristeza, desesperación y temor, que enervan y debilitan las energías anímicas y hasta producen en el organismo grandes perturbaciones morbosas por todo extremo peligrosas para la conservación del individuo y aun de la especie, sobre todo, cuando se arraigan las pasiones secundarias, que se originan de las primarias deprimentes y de la exaltante deleite.

He aquí, pues, lo importante que resulta tener en cuenta estas pasiones, que son naturales al hombre para saber el papel, que pueden desempeñar en la vida social, si se las somete á la dirección de las facultades conscientes y libres, y sobre todo, para no confundirlas con los llamados actos instintivos, los cuales son: espontáneos é irreflejos ó ciegos (es decir que, lejos de suponer el conocimiento ó la percepción sensible, parece que excluyan todo esto), realizados fatal y necesariamente por impulso irresistible, que va derechamente á su objeto, sin elegir medio alguno; impersonales y uniformes hasta el punto de parecer actos de la especie más que del individuo; específicos, porque aun cuando uniformes son especiales dentro de cada especie y aun dentro de cada sexo; así no son los mismos los instintos de la hormiga que de la cigarra, del águila que de la paloma, del hombre que de la mujer; pero todos convienen en ser útiles á la conservación individual y á la específica, y



sobre todo, en los caracteres que los distinguen de los demás actos; seguros y precisos en su ejecución de tal modo, que su perfección raras veces se halla en las obras de la inteligencia; de aquí que se diga de ellos que tienen el carácter de infalibles; y, por último, se distinguen en que sólo se refieren á cosas materiales, lo que prueba que son realizados por un movimiento natural de que el Hacedor dotó á los seres animados para que cumpliesen espontánea y naturalmente su fin, sobre todo cuando, ó no hay inteligencia, ó habiéndola, no está sobre aviso; tal y como vemos acontece en el hecho de cojer el niño recién nacido el pecho de la madre.

V

Al conocimiento intelectual sigue, en lo más íntimo del hombre, una cierta moción tranquila y suave, pero firme, en este ó el otro sentido; una especie de resolución ó determinación hacia ó contra algo conocido, que nos lleva á quererlo ó no quererlo, en vista de un fin; pero esta tendencia interna, que sigue al conocimiento que alcanza el hombre de la realidad de las cosas, es una propiedad permanente, que, aun cuando no en todo momento se manifieste, siempre está en él sin embargo, por lo menos, en posibilidad de manifestarse, y de hecho se manifiesta luego que conocemos. Por tanto, es una facultad del hombre, como lo es la inteligencia, y ha

sido denominada apetito racional por ser inclinación, que sigue al conocimiento intelectual y manifestarse en la plenitud de su energía, cuando sigue al conocimiento racional propiamente dicho; también se la ha llamado voluntad, porque se la ha definido generalmente como la facultad de querer ó no querer.

Por esta propiedad, que es connatural, el hombre tiene iniciativa propia en muchos de sus actos, y por ella puede determinarse á obrar después que tiene conocimiento exacto de las operaciones que puede realizar; de aquí, que si el hombre, por el conocimiento consciente, sabe el acto que realiza, por la voluntad se determina á ejecutar el acto que quiere, puesto que lo realiza porque lo quiere y sabiendo que puede abstenerse de ejecutarlo; pero esta tendencia hacia el acto sólo existe en cuanto es conocido bajo la razón de bien; sucediendo que cuando la operación, que se va á ejecutar, es conocida como mala, la tendencia, lejos de ser hacia ella, es contra ella; por eso la voluntad es una fuerza innata é interna por virtud de la cual el hombre ama el bien y rechaza el mal, conocidos como tales por la inteligencia. Es cierto que son muchas las ocasiones en que el hombre ve el mal de sus acciones, y sin embargo las ejecuta; mas nótese también que en esos casos, no es porque así lo quiera la voluntad, sino porque así lo impone la pasión, ante la cual la voluntad se doblega, contentándose el hombre con decir, "veo lo mejor, y lo apruebo, pero sigo lo peor," porque una fuerza superior á mi voluntad me arrastra. Otras veces no va la voluntad

guiada por la pasión, que se le impone, sino que, dada la finitud de la inteligencia humana, y, sobre todo, lo poco que el hombre se preocupa de profundizar sus conocimientos, conoce erróneamente, y los errores los toma como verdaderas representaciones de la realidad y ama lo que estos juicios falaces le presentan, como bueno; y de este modo se da el caso de que haya quien entienda que el apoderarse de la propiedad ajena es un bien y por consiguiente, que delibere realizar la aprehensión y se determine conscientemente llevarla á efecto. Es, pues, el objeto natural de la voluntad amar el bien; y así como la inteligencia tiende naturalmente á conocer con verdad la realidad y empleada conforme á su ley la conoce, así también la voluntad tiende siempre al bien, y espontáneamente y precedida del conocimiento verdadero del bien, ama, y es la que verdaderamente impera en todos nuestros actos de la vida consciente.

¿Pero todos los actos, que realiza el hombre, son puestos por su voluntad? No; únicamente tienen relación con ella aquellos, que directa ó espontáneamente son causados por una determinación de la misma, en cuyo caso son siempre voluntarios y deben, según los caracteres que presenten, llamarse *determinativos reflejos*, si les precede una deliberación y *espontáneos*, si les precede una simple percepción intelectual; también tienen relación con la voluntad aquellos otros actos, que son puestos y ejecutados por el hombre contra sus propias determinaciones volitivas á causa de algo externo

ó interno que obliga al principio vital humano á obrar, y estos actos se deben llamar *coactivos*. Todos los demás actos, que realiza el hombre, ni tienen que ver con la voluntad, ni son otra cosa que hechos instintivos ó apetitivos sensibles; muchos de los cuales si los hiciésemos objeto de nuestro conocimiento consciente, no sólo llegaríamos á saber cuándo y cómo se realizan, si que también á sujetarlos al imperio de nuestra voluntad.

De esta distinción de los actos humanos, en relación con la voluntad, parece deducirse que si bien muchos no le son imputables, otros, y no pocos, en cuanto puede ponerlos, y de hecho los pone, por determinación propia, cuando tiene voluntad firme, le son imputables; y como toda actividad está en débito con su potencia, mientras no realiza toda su posibilidad, es deber suyo realizarlos con esa responsabilidad. Mas cabe preguntar: ¿Cómo puede ser el hombre responsable de los actos propiamente voluntarios, si la voluntad es incompatible con la necesidad? Se entiende por necesario todo aquello, que no puede dejar de ser, y por necesidad de una cosa aquello sin lo que la tal cosa, ó no existiría ó no podría obrar; de suerte, que será necesario para la voluntad aquello, que ella no pueda dejar de amar, según su naturaleza; así, pues, todo lo que, no siendo propio á su naturaleza, la obligue á determinarse en este ó el otro sentido, será un poder externo que la obligará á poner el acto; y claro es que en tal caso el acto no podrá atribuirse á la voluntad, sino á la necesidad ó coacción, que viene de fuera de ella misma, siendo por tanto la

voluntad incompatible con esa necesidad. Pero la voluntad, ¿es igualmente incompatible con la necesidad que le impone su naturaleza? De ninguna manera, porque puede coexistir, y de hecho coexiste, con la necesidad de finalidad que le impone su modo de ser natural, esto es, amar el bien y los medios, que á él conducen, puesto que los medios adecuados para la consecución de un fin, cuando son conocidos, se aman con el mismo acto con que es amado el fin. Cuando la voluntad ama el bien ó aborrece el mal, se determina en uno de estos sentidos con conocimiento previo de que lo hace así, porque son lo que son las cosas amadas ó aborrecidas, y sintiéndose con poder para hacerlo así por propia resolución y no por imposición ajena. Es más, aun en aquellos casos en que la voluntad ama el bien, como absoluto bien, existe el acto voluntario, pues la voluntad se inclina á este bien y se resuelve á Él por considerarle como el bien final y último; y por consiguiente á Él se inclina naturalmente y sin reserva, pero sabiendo que lo hace por determinación propia. Otras veces, la voluntad quiere y se determina hacia la ejecución de determinados actos, que considera la inteligencia como necesarios y adecuados para conseguir un fin dado, y en estos casos, claro está que la voluntad también ama, pero con necesidad sólo hipotética, esto es, ama los medios con el mismo amor con que ama el fin; pero esto no acontece generalmente, sino que, obrando el hombre para conseguir fines particulares, ama exento de tal necesidad; y de ahí que por negligencia en el conocer, ó

por no aplicar la ley del conocer y aun por debilidad volitiva y, por consiguiente, olvidando su ley, vea el bien y realice su contrario el mal.

Así, pues, el hombre, en todos aquellos actos, que puedan ser causados por determinación propia, es responsable y está en el deber de cumplir la ley volitiva, que consiste en determinarse á querer ó aborrecer una cosa después de haberla conocido y sentido, cumpliendo las leyes intelectuales, y siempre que haga esto la voluntad humana amará lo que conviene con su naturaleza sustantiva, que es el bien.

Por esta propiedad de la voluntad de determinarse á obrar por sí misma en este ú otro sentido, y exenta de toda necesidad, cuando se trata de fines particulares, se dice que el hombre es libre. Mas el hombre ¿es realmente libre? Si la esencia de la libertad consiste en que el hombre tenga un principio interno por virtud del cual obre deliberadamente, conociendo el fin por que obra y eligiendo los medios para conseguirlo, el hombre realmente tiene un poder, por el cual, no sólo puede determinarse por sí mismo á la consecución de un fin, que la razón le presenta como bueno y realizable, si que también puede elegir los medios, que mejor conducen á su ejecución, y, en consecuencia, debe llamársele libre.

Cierto, ciertísimo, que es muy grande la influencia con que las fuerzas exteriores obligan al hombre á querer ó no querer objetos señalados y previstos de antemano por otros y aun por el mismo, que pone el querer contra su determinación; tampoco es menos verdad que

en lo íntimo del sujeto se desarrollan otras grandes fuerzas, acaso mayores que las exteriores, las cuales llevan al hombre á realizar actos, que es muy posible repugne ó que si no repugna ni los pone por propia voluntad ni siquiera se da cuenta de que los pone; pero esto no obsta para que, no siendo las fuerzas exteriores ni las internas infinitas, no pueda en muchos casos la voluntad vigorizada contrarrestar su impulso y determinar la ejecución ó no ejecución de los actos frente á ellas. En la vida del hombre, sin embargo, encontraremos siempre alguna acción que tendrá por completamente suya, y que justificará en absoluto ante los ojos de su razón.

Estamos rodeados de una cantidad de fuerzas físicas, metereológicas y quizá psíquicas que ignoramos, pero que no por eso dejarán de obrar sobre nosotros; tal vemos acontece con ciertos estados atmosféricos, que señalan su rasgo sobre la estadística criminal¹ y suicida; mas no por esto nos hallamos suficientemente autorizados para negar la evidencia, con que se nos imponen otros hechos que no se explican sin la existencia de la libertad humana; tales son, por ejemplo: la existencia del deber en todos los tiempos y lugares, en que el hombre ha existido, la tensión del esfuerzo en la obediencia al deber y la resistencia á la pasión en el fondo de nues-

1 En Sevilla, Málaga, Cartagena y costa andaluza en general son, indudablemente, más frecuentes las riñas en los días que sopla el viento abrasador africano, que en los restantes, y en la vega valenciana, acaso abundan más los días en que reina el poniente, en los meses de estío.

tra conciencia, en la que nos conocemos y sentimos libres, si bien finitos.

Sí, el hombre es libre cuando se determina por sí propio entre dos ó más motivos opuestos y referentes á un mismo objeto, cuando la resolución la toma entre cosas varias pero buenas y que no son rigurosamente diversas, y cuando, por último, se determina á ejecutar una de dos cosas contradictorias, como es el obrar y el no obrar, el poner y el no poner un acto cualquiera. Que somos libres en estos tres casos nos lo prueba la conciencia íntima antes de la determinación, en el instante de la resolución, y después de ella. Antes, porque nos dice que para determinarnos á ejecutar ó no el acto, nos aconsejamos con nosotros mismos, deliberamos y cuando ya hemos visto el pro y el contra, conocemos que existe en nosotros el poder de decidirnos en un sentido ó en otro. En el instante mismo de la resolución, porque la ponemos sabiendo que podemos hacerlo en sentido contrario. Después de la determinación, porque luego que nos hemos determinado á ejecutar ó no un acto, experimentamos en nuestra conciencia cierta satisfacción (la del deber cumplido) ó cierto remordimiento (el del mal realizado), que no se explicarían si la determinación volitiva refleja no fuese libre. La libertad humana es un hecho, que tiene su fundamento en la racionalidad, es decir, en aquello que es más íntimo, simple y espiritual en el hombre.

VI

Todos los actos que realiza el hombre, sea cualquiera la facultad en que tengan su principio próximo, á medida que más se repiten, no sólo resultan más fáciles de realizar, si que también muchas veces hasta más perfectos; notándose que los actos caracterizadamente libres, por distinguirse perfectamente en ellos los momentos del conocimiento previo, deliberación y determinación con que son ejecutados, acaban por ejecutarse espontáneamente en fuerza de la repetición ó costumbre con que los ponemos. De aquí deducimos que es común á las facultades humanas la cualidad de hacer más fácil y aun perfecta su operación por la repetición ó costumbre de su ejercicio dirigido por la facultad consciente y libre; mas esta posibilidad de la repetición, que tales resultados da, la podemos determinar diciendo que es cierta cualidad estable apropiable á las facultades humanas, que empieza por algo que es accidental en la existencia de la facultad y acaba por darle una disposición especial para obrar y perfeccionar las operaciones de las mismas, siendo adquirida por la repetición de los mismos actos y bajo la dirección de la inteligencia y voluntad.

Esta cualidad llamada hábito, que en suma, no es otra cosa que una mayor disposición ó facilidad en el ejercicio de la potencia, adquirida en el hombre espon-

tánea y libremente, puede llegar hasta imprimir carácter y formar una segunda naturaleza en ocasiones. En efecto, no de otra manera podríamos explicarnos, que los pueblos del Norte resistan orgánicamente las bajas temperaturas de sus climas; que en pleno Enero reciban impresiones tan fuertes como las de las duchas de agua fría sin quebranto para el organismo; que ciertos bebedores, después de haber consumido grandes cantidades de licor, no entren en el estado de embriaguéz; que haya quien paladee con fruición la bala rasa, llamada *ginebra*; ni quien llegue á tomar respetables dosis de arsénico sin intoxicarse. Sólo el hábito puede explicarnos la habilidad en la construcción de objetos hechos á mano con grandísima precisión; la rapidez maravillosa con que suman, restan, multiplican, dividen y extraen raíces ciertos calculistas; las síntesis profundas que de los hechos históricos hacen los filósofos de la historia. Y sólo siendo el hábito cualidad apropiable á la facultad volitiva, podemos darnos cuenta acabada de la acumulación de energía que lleva al mártir á perder la vida en aras de su ideal.

Toda potencia por su ejercicio natural puede adquirir la cualidad del hábito, pero con ello no hará otra cosa que facilitar la operación, no perfeccionarla; mas el hombre que, hemos visto, es libre y consciente y, por tanto, puede poner acciones deliberada y libremente, también puede adquirir deliberada y libremente los hábitos; y como la facultad libre humana, con la luz que le da la inteligencia, puede tener razón de dirección sobre

las demás facultades, de ahí que el hombre pueda adquirir hábitos, físicos ó corporales, referentes á las facultades nutritivas y generatrices, locomotrices ó referentes al movimiento, sensitivas ó referentes al ejercicio de la sensibilidad, intelectuales ó referentes al conocer de la inteligencia, y morales ó relativos al ejercicio de la voluntad. Acaso no falte quien al llegar á este punto diga: Tendiendo siempre el hábito á convertir los actos deliberados y libres en espontáneos, ¿no es contrario á la libertad humana que acabamos de afirmar? Es cierto que así resulta á primera vista; mas no es exacto que el hábito tienda á contrarrestar la libertad humana, antes bien, la repetición de unos mismos actos deliberados lo que hace es dar una mayor disposición ó aptitud para perfeccionarse y abreviar la operación, pero no quita la libertad del acto y con ella la responsabilidad, abrevia los momentos que preceden á la resolución volitiva, como son: el conocimiento previo de la bondad ó malicia del acto que se va á poner y de las fuerzas y posibilidad con que contamos para realizarlo y la deliberación de los motivos en pro y en contra. Por esta razón lo que conviene es evitar la repetición de aquellos actos espontáneos ó deliberados, que, desde algún punto de vista, sean perjudiciales á los fines particulares de cada facultad, y por consiguiente, al fin total y último del hombre; y en cambio, es muy útil y conveniente á nuestro modo de ser, contribuir á fomentar la repetición de aquellos otros, que perfeccionan las manifestaciones y el obrar natural de las actividades humanas, para lo cual, nada

más oportuno que someterlos á la dirección de la voluntad vigorizada y precedida del conocimiento verdadero y evidente de las leyes de las facultades, de sus objetos naturales y del fin de las acciones, convirtiendo así la mayor parte de los actos espontáneos en deliberados y libres.

El hombre es, pues, susceptible de perfeccionamiento, tanto en sus facultades orgánicas como en las inorgánicas ó directrices, porque aquéllas pueden subordinarse á éstas. Cada una de ellas recibe en la esfera que le es propia, una impulsión importantísima de la educación, que ejerce su benéfico influjo, ante todo, sobre las facultades directrices, inteligencia y voluntad, recayendo inmediatamente sobre el individuo, desenvolviendo sus potencias y actividades, mediante la experiencia propia y la que viene del conocimiento de los semejantes. De esta manera llega á constituir un caudal de cultura intelectual, moral y estético, que la herencia no podría transmitir; por eso la educación es la que influye directamente sobre el hombre é imprime en él una perfección, que no pierde aunque deje de ejercerse; á la inversa de lo que acontece en los demás animales, que en cuanto cesa el influjo del látigo del domador termina la perfección dada por la educación del hombre, quizá porque el animal no es autogogo ó educador de sí mismo como lo es el hombre, gracias á su conciencia y libertad; razón por la cual el hombre, no sólo gana en aptitudes con la educación que se le da y se perfecciona con la instrucción que se le transmite, si que tam-

bién se educa é instruye á sí mismo, ampliando subjetivamente una y otra enseñanza.

VII

Considerando ahora el análisis, que de las facultades humanas acabamos de hacer, notamos, que mientras unas exigen, como condición *sine qua non* para ejercitarse, la intervención de órganos, si no completamente definidos, sí del organismo y con especialidad de determinados sistemas; otras facultades, lejos de exigir la mediación de los órganos, como condición indispensable para existir, parece como que todos sus caracteres implican ser producidas por algo inmaterial, sustantivo, simple, uno y activo, y repugnar darse en la materia. Las primeras son las facultades llamadas vegetativas, locomotrices, sensitivas y apetitivas sensibles y las segundas la inteligencia y la voluntad. De aquí que el obrar humano revele facultades orgánicas é inorgánicas, y por consecuencia que el hombre sea un compuesto de cuerpo y espíritu.

El hombre, en cuanto cuerpo, es vario ó múltiple en sus partes componentes, las cuales se hallan distribuídas de modo, que cada una puede ser separada físicamente de las demás, si bien en tanto forman parte del organismo contribuyen á la función de su respectivo órgano, como cada órgano responde á la del todo organizado, so pena de estar atrofiadas, en cuyo caso, ó son expelidas

de él ó constituyen una anormalidad morbosa; de ahí que el cuerpo humano, no sólo sea vario en sus manifestaciones, si que también un compuesto real de partes integrales físicamente separables, cuyas partes son constantemente renovadas por otras semejantes, que entran en el torbellino de la vida vegetativa después de hechas aptas para la asimilación y reconstituyen el organismo, mediante las funciones fisiológicas asimilativas, al mismo tiempo que son expelidas las viejas é inútiles por la expiración y disimilación, tan continuadas y persistentes, que, en un período de tiempo que varía de siete á quince años, convienen los fisiólogos y comprueban los hechos, que se verifica la renovación total de las células del organismo. Así, pues, resulta que el cuerpo es constantemente diferente de sí mismo, conservándose solamente idéntico en la forma típica de la especie que le da el principio informante y por la cual se le sigue considerando el mismo cuerpo, ya que en sus estados constitutivos sufre tantas modificaciones y cambios de materia.

El cuerpo, en lo que tiene de materia pura, está sujeto á la ley de la inercia, pues es indiferente al movimiento y al reposo, esto es, mera posibilidad actuable. La materia, en sí misma considerada, es indiferente á toda operación; así, que siempre es solicitada en un sentido ó en otro por un algo, que no es ella ni de su esencia misma, no pudiendo, por tanto, oponer resistencia ni al reposo ni al movimiento, sino sólo en cuanto masa que no se deja penetrar por el motor; de ahí que

las fuerzas mecánicas la determinen y obren constantemente sobre ella, poniéndola en el estado del reposo ó del movimiento, mientras que las fuerzas vitales son las que la determinan á la organización, dándole forma vital vegetal, animal ó humana, según sea la naturaleza del principio vital; luego el cuerpo humano, en cuanto material, es inactivo.

El cuerpo humano produce sus obras total, concreta y fatalmente, desenvolviéndose en el espacio y haciendo su tiempo de un modo constante, regular y necesario, sujeto á las influencias externas, bajo la ley del principio que le influye actuándole; por eso se doblega ciegamente á las leyes físicas y químicas, á las fisiológicas ó vitales y, hasta muchas veces, á las imposiciones de nuestras voliciones, cumpliendo, siempre y en todo caso, fatalmente sus leyes, del mismo modo y en las mismas circunstancias; así, pues, el cuerpo obra por extraño influjo y puede ser dirigido por una causa libre. Mas si el cuerpo humano es vario, compuesto é indiferente para este ó el otro estado, y sujeto á las leyes externas, las que cumple fatalmente, claro está que se hallará abierto por completo á las influencias del clima ó medio ambiente y al atavismo ó herencia; de ahí que el cuerpo aparezca por generación del cuerpo de los padres, y se desenvuelva ligadamente con la naturaleza externa que le rodea.

Considerado el cuerpo humano como organizado, trabaja ante todo para modificarse á sí mismo, se somete á las conveniencias de los seres que le rodean más bien

que obliga á aquéllos á sus propias conveniencias; así vemos que la adaptación del organismo es un hecho de orden interno; por eso el animal de los países calientes transportado á los fríos se cubre de pelos largos y fuertes, el ave llamada á vivir en países encharcados y sumergida, ve sus miembros posteriores alargarse para elevar el cuerpo por encima del nivel del agua. Esto nos lleva á creer la suma facilidad con que el organismo se modifica para adaptarse á las distintas funciones, que el hombre ha tenido que realizar para plegarse á un fin útil, según los climas y medios físicos con que ha contado para realizar su vida; lo que nos dice con evidente claridad cuán naturales son las diferencias de desarrollo orgánico, que notamos en los cuerpos de los individuos de la especie humana, sin necesidad de atribuirlo á las diferencias de especie, como alguien ha creído.

Otra prueba de la adaptación del organismo del hombre á la función, y muchas veces de ésta al medio ambiente físico, es el existir en este organismo el sistema nervioso que está encargado de todas las manifestaciones de la vida de relación ó comunicación con la naturaleza externa y con las partes de su propio organismo, que por el tal sistema se ven unidas y formando un todo con unidad final de función; sistema en el cual vemos el instrumento de las operaciones del espíritu humano que realiza, mediante las tres facultades, sensibilidad, inteligencia y voluntad, reconocidas por nuestra conciencia como irreductibles y perfectamente diferenciados los hechos, á que dan origen.

Empero el hombre no es sólo cuerpo; en dirección opuesta, no contradictoria, se presenta obrando como ser simple, uno, sustantivo, activo é idéntico consigo mismo, en una palabra, como espiritual, que aspira á la inmortalidad, que revela su naturaleza.

No, el hombre no es sólo cuerpo material, es también espíritu, ya lo consideremos desarrollando su vida en la ardorosa zona ecuatorial, ó en los límites de las heladas zonas polares, ya le consideremos cruzando los caliginosos arenales del desierto de Sahara ó descansando en el fresco oasis, ya le veamos haciendo vida nómada y aun salvaje ó la refinada y sedentaria de las grandes capitales, ya le consideremos, por último, siendo juguete de los elementos de la Naturaleza ó alzando soberbio su frente y queriéndola domeñar á su imperio, para que le sirva de medio á su fin. Encontraremos sí, diferencias psíquicas de grados de intensidad en el desenvolvimiento de la cultura de unos y otros hombres, que nos parecerán abismos que los separan, sobre todo, si nos guía el prejuicio y la preocupación y el análisis es superficial; pero los caracteres esenciales, que distinguen al hombre del resto de los animales, no faltarán en ninguno de ellos si los miramos atenta y profundamente en lo que les es permanente y esencial. El examen ligerísimo que, de las operaciones intelectuales y volitivas, hemos hecho, nos ha autorizado para reconocer en el hombre la existencia de la inteligencia y voluntad; y el carácter inmaterial de estas potencias nos autoriza para admitir en el hombre un algo simple é inmaterial, que, á diferencia de la

multiplicidad y variedad que da el cuerpo, explica la simplicidad y unidad, que revelan los pensamientos, conocimientos conscientes y la resolución del acto libre, si no se quiere que haya un efecto de superior naturaleza que su causa, y si es incontrovertible que la operación sigue á la naturaleza del ser que la produce.

Pero aun hay más; el hombre se nos ofrece, en cuanto inteligente y libre, como un algo permanente que existe en sí, sin suponer otra cosa á que adherirse, como á sujeto de su inherencia, y siendo principio primero de las operaciones que nos han llevado á afirmar su existencia, puesto que, cuando pensamos conducimos á nosotros en idea, como sujetos, todo lo pensado, y en esta idea nuestra el principio de las operaciones dichas se reconoce á sí mismo, como ser, como substancia, por oposición á los objetos que le aparecen en la relación de conocimiento y á sus propias operaciones transitorias y accidentales. En esta idea el principio vital humano, se ve no sólo como ser verdadero, si que también como activo, pues se ve queriendo, conociendo, sintiendo y emocionándose; pero querer supone un ser volente, conocer un ser cognoscente y sentir un ser sensitivo; y como el hombre, se ve en su conciencia ser todas estas cosas, no como vario, sino como uno con varias potencialidades, de ahí que tengamos que afirmar que existe en el hombre algo tan íntimo, que es su propia naturaleza, simple, uno, sustantivo y activo. Mas cuando el hombre se ve como pensante, volente y sensible, se ve como siendo idéntico consigo mismo, no sólo en medio de las

distintas operaciones que ejecuta simultáneamente, si que también en las que ejecuta y sufre sucesivamente. Todo lo cual nos revela que ese algo que conoce, quiere y siente en nosotros, es idéntico consigo mismo en los distintos momentos de su tiempo; no obstante las profundas modificaciones que sufrimos bajo las circunstancias múltiples externas debidas al cuerpo, á que este algo simple, uno, sustantivo, activo é idéntico anima; y la prueba es que, cuando nuestra conciencia desaparece momentáneamente por los estados transitorios del sueño, éxtasis, desvanecimiento, etc., reaparece seguidamente, siendo la misma, una vez que las circunstancias que la tenían adormecida desaparecieron. De esta prueba deducimos que el principio de vida es *espiritual* y que jamás pierde la propiedad de ser un todo continuo y permanente por su naturaleza, en el tiempo que está unido á un organismo; así, pues, no existe razón ninguna para que el principio vital racional pierda su existencia por la desaparición del organismo, pues esta propiedad de la existencia le pertenece esencialmente, como ser sustantivo que es, desde que es creado con tal naturaleza.

VIII

Como consecuencia de la naturaleza espiritual y corporal humana, encontramos que son propios y exclusivos al hombre, sea hotentote ó parisién, de raza ama-

rilla, negra ó blanca, los atributos de la palabra, la perfectibilidad, la moralidad, la religiosidad, la propiedad, los sentimientos y los ideales.

Todo ser tiene un medio de expresión para manifestar lo que es, y en este sentido amplísimo podemos decir que hasta el mineral tiene su lenguaje. Restringiendo más, y refiriéndonos exclusivamente al lenguaje de sonidos, como medio de expresión de los estados del ser que lo posee, encontramos que sólo el hombre, cuando habla, tiene la intención de hacer pasar su pensamiento á la persona á quien se dirige, á fin de conseguir con esta comunicación el objeto que se propuso, en tanto que los demás animales sólo tienen, cuando hablan, la intención final, jamás la intermedia, porque la misma comunicación no es en los animales manifestación intencional, en virtud de que no es explícitamente querida por ellos, como medio de conseguir el fin propuesto. El lenguaje de expresión del ser es común á toda realidad; mas de los seres finitos del mundo que conocemos, únicamente el hombre ha perfeccionado el lenguaje, que á su naturaleza corpórea corresponde, y sólo él posee el lenguaje articulado, manifestación de su pensamiento, que también enriquece á medida que desenvuelve su inteligencia. El hombre ha podido llevar á cabo el perfeccionamiento de su lenguaje natural y articulado por ser cognoscente consciente y tener la posibilidad y actividad de la propia resolución volitiva en sus actos deliberados; por eso lo vemos desde la infancia de la humanidad ir perfeccionando ambos lenguajes, de generación en generación,

con la finalidad de armonizarlos á las exigencias de los grados educativos é instructivos, que ha conseguido alcanzar.

La necesidad, que el ser vivo tiene de ejercer sus facultades, se hace sensible en él desde que empieza á ser y de una manera instintiva las ejerce desde el comienzo de la vida, produciendo el hábito, que después, por impulsión del placer sensible que atrae y del dolor que repele, se convierte en hábito permanente ó connatural, el cual, normalmente dirigido, es en sí un perfeccionamiento, pero no más que orgánico, y sin bastar por sí para suplir lo que la naturaleza ha negado á estas facultades. En efecto, ¿qué animal irracional ha realizado el más insignificante invento para facilitar sus medios operativos y ahorrar tiempo y trabajo? En cambio, tratándose del hombre, la curiosidad suya, incitada de fuera en un principio, no tarda en hacerse impulso subjetivo consciente y voluntario, que, lejos de saciarse al satisfacerse, se aumenta y desarrolla cada día más. De ahí que á medida que el hombre fué conociendo, fué sirviéndose de lo conocido para ampliarlo y aplicarlo á desarrollar sus facultades é instruir las, defender su vida individual y específica, satisfacer sus necesidades, comunicar con sus semejantes y saber por el placer de saber; perfeccionamiento directriz é ilimitado propio exclusivamente de las facultades conscientes y libres, distinto radicalmente de aquel otro orgánico y ciego de las facultades orgánicas, que naturalmente se desenvuelven por el mero ejercicio.

Las ideas de bien y mal, de justo é injusto, de derecho y deber, de mérito y demérito, de premio y castigo, son también patrimonio del hombre de todas las civilizaciones, cualquiera que sea la representación subjetiva y objetiva, que á las mismas haya dado al conocer su posibilidad de obrar por determinación propia y comparar cuanto pueden sus potencias y cuanto es lo que ejecute su actividad, y al ver si el modo de ejercicio de su actividad se ajusta á la idea que tiene de la divinidad del mismo y de la ley de su naturaleza. El patrimonio de estas ideas le es exclusivo porque de los animales, sólo el hombre puede conscientemente ver la relación de su obra con la norma ó ley, que rige á cada potencia, y viendo la ley y notándose libre para poder ajustar su operación á la misma, sólo él, entre los animales, puede decirse sujeto moral y causa responsable de los hechos, que produce por determinación propia.

Apenas el hombre se da cuenta de su personalidad empieza á verse impotente en medio de las fuerzas naturales, que le sitian y aplastan y á desear ardientemente socorro y libertad, apoderándose cada vez más de su ánimo la convicción de que está rodeado de límites puestos por la naturaleza de las cosas á la actividad de su voluntad, á la de su inteligencia y á la resistencia de su sensibilidad. Esto, unido á la estrechez á que le reduce la finitud de su propia naturaleza espiritual, que le es manifiesta por el hecho de no poder conocerse sin conocerse limitado en todas las manifestaciones de sus energías; y sintiéndose al mismo tiempo imposibilitado

de resignarse á vivir entre las angosturas de estos límites y admitir que sus inagotables deseos de saber, su libre deseo de querer el bien, y su placer purísimo de contemplar la realidad en la plenitud de su ser, tengan realidad y no sean vana ilusión, le llevan á reconocer un ser superior que le socorra y dé libertad, y que ya que no en ésta, en otra vida le realice sus aspiraciones, en una palabra, le llevan á ser un ser religioso. El hombre, conociéndose á sí mismo, se ve flaco en su obrar y expuesto á cada momento á realizar el mal, y consciente de su pecado, de la facilidad con que se aparta de la justicia que concibe, lucha consigo y vive inquieto, y de esta íntima aflicción de ánimo, de esta contradicción inicial de la vida interior unida á la idea de subordinación, que su conciencia le hace presente constantemente de estar obligado á un ser que le ha causado sin ser Él causado, nace la religión. Esta certeza de nuestra dependencia y este deseo ardiente de socorro y libertad, que en el hombre brota, encuentra su conciliación en el sentimiento, que tenemos de que dependemos de un Ser, que puede y quiere cuanto conviene á nuestro ser, que incesantemente, y en todo momento de nuestra existencia, nos es presente por su omnisciencia y omnipotencia. Este sentimiento, que constituye el origen de la religión en el hombre, brota en él por el natural desarrollo de sus facultades, librándole de las angustias de la vida y salvándole por un acto de confianza en el origen y en el fin de la vida. Por eso la religión tiene más de subjetiva que de objetiva, y cada cual se forma

á su modo la representación del Ser de quien cree depender y de los medios de dirigirse á Él, desde el grosero fetichismo hasta la expresión del sentimiento religioso, por un suspiro de ruego hacia El que, en nosotros y fuera de nosotros, todo lo puede, por una afirmación solemne de sumisión y de fe confiada hecha por la oración; difiriendo en esto la emoción religiosa de la emoción moral y estética.

Completa la naturaleza humana, en cuanto corpórea, la propiedad material, que es una extensión de su actividad é indispensable para realizarla, dado que el cuerpo necesita el alimento y el vestido para conservarse, desenvolverse y cumplir las leyes que fatalmente ha de realizar, y como la vida presente nos ha sido dada, claro está que de ella tenemos derecho; pero como se nos ha concedido para realizar el fin que su naturaleza indica, también es evidente que correlativo á este derecho, el hombre tiene el deber de conservar la vida presente, y como no podemos conservarla sin la propiedad; de ahí igualmente que no sólo sea un derecho innato á nuestra naturaleza la propiedad material, si que al mismo tiempo un deber en el hombre adquirirla para satisfacer las necesidades corporales y pueda el cuerpo contribuir con el espíritu á realizar la finalidad total del hombre.

Patrimonio exclusivo del hombre son también los sentimientos, los cuales vienen á ser como parte del caudal inmaterial de la vida del espíritu, que le alimenta y sostiene en la vida, y á cuyo calor se temple, aumentando la energía de sus actividades. Las sensaciones,

conocimientos, voliciones y cuanto cae dentro de la esfera de la conciencia humana, produce en la realidad anímica, cuando se le hace presente en relación de conocimientos, estados, que la modifican agradable ó desagradablemente, pero permanentes y puros, que no pueden confundirse con las sensaciones, resultado del ejercicio de la potencia orgánica, llamada sensibilidad física. Estos estados, que reciben la denominación general de sentimientos, cuando son depurados y objetivo de nuestro obrar, vienen á ser los ideales que en lo sucesivo guían al hombre, sirviéndole de acicates para obrar. Las percepciones sensibles de las cuales la inteligencia toma el dato ó noción que convierte en ideas, las ideas que la razón hace brotar de las comparaciones entre sus percepciones experimentales y las voliciones reflejas que impulsan al hombre hacia ó contra los actos, determinan en el espíritu un conjunto de estados, que constituyen su esfera afectiva y la emocionan agradablemente cuando es la naturaleza de lo sentido concordante á la realidad anímica, la cual parece como que se completa y adquiere más vida por su unión con lo sentido, llenándola de goce puro; pero cuando lo percibido sensiblemente, lo querido ó conocido, no es concordante con la naturaleza espiritual humana, sino que le presenta algo desacorde, se produce en ella la pena, que se traduce inmediatamente en nuestra naturaleza corpórea por una perturbación ó desequilibrio más ó menos pasajero, que debe ser restablecido.

Los sentimientos engendran una unión íntima con lo

sentido, habiendo reciprocidad entre sus términos y mutua conveniencia entre la naturaleza de ambos; por eso entre los estados de sentimiento, placer y dolor no se puede establecer una línea, que en absoluto los separe, antes bien, en la complejidad con que se da nuestra vida, son más bien los sentimientos mixtos de placer y dolor, pudiendo decir que se dan en una escala gradual, que mejor se sienten que explican.

Afectado el hombre ante las ideas, que las sensaciones, conocimientos y voliciones producen, su razón ve y contempla, emocionándose, al objeto que le afecta, según la realidad del objeto y conforme á la naturaleza de su sensibilidad afectiva psíquica; relación positiva á que referimos la belleza, como la cualidad inherente al sentimiento. En virtud de este acuerdo y concierto de la afección del que siente con la naturaleza de lo sentido, la belleza revela, sobre todo, la armonía, á la cual se adhiere el sujeto, que siente con el concierto equilibrado de todas sus facultades, elevando el sentimiento á la cualidad de puro, desinteresado é imitable, por cuya razón nos incita á participar de las mismas cualidades y á contribuir á su realización en el mundo, dando así nacimiento al arte, como fruto de la vida del sentimiento y faz esencial de nuestra realidad, en que se manifiesta la cualidad que tiene el espíritu de ser una actividad, que persigue un fin, para cuyo cumplimiento, no sólo elige medios dentro de sí, si que también en todo cuanto le rodea. De este modo la vida anímica se completa, pues mientras la inteligencia, elemento discerniente, ve los

medios adecuados al fin, la voluntad, elemento determinante, los dirige y encamina al mejor y más seguro cumplimiento del fin.

Por el sentimiento la realidad anímica se emociona y estimula á poner en práctica lo sentido, constituyendo así los sentimientos, vínculos, que nos concilian con nosotros mismos y con nuestros semejantes en la vida, y evitan la desesperación á que de continuo nos llevaría nuestra limitación; nos unen con nuestros semejantes, haciendo posible la solidaridad humana, y con Dios, á quien confesamos, reconociendo nuestro origen y naturaleza y en quien, luego que le conocemos, depositamos nuestra confianza y ardiente amor.

El hombre, en cuanto espíritu, aspira á lo bello, lo verdadero y lo bueno, como finalidades naturales á las facultades sensibilidad, inteligencia y voluntad; y alcanzada la belleza, la verdad y el bien, la realidad anímica se emociona y siente vivamente, uniéndose á estos fines íntimamente como cosas, que convienen á su naturaleza, que, en cuanto ser sustantivo, es bueno, verdadero y bello; mas como los bienes, verdades y bellezas, que consigue en esta vida el hombre, no son más que relativos, siempre dejan en él el incentivo, el anhelo de un más allá, y de ahí nace la aspiración inagotable del alma hacia la bondad, verdad y belleza absolutas, no saciándose jamás en esta vida, y yendo hasta la confianza en una vida interminable, donde poder contemplar al puro Ser. He aquí el acicate, que, sabido aprovechar, guía al hombre por el camino del verdadero progreso. Las ideas

aisladas, las ideas coordinadas y hasta las sistematizadas, que el hombre, mediante su facultad cognoscente, se formula para llegar á conseguir estos fines, son los ideales, que le conducen en el desenvolvimiento de sus facultades. Por tanto, el hombre es un ser de ideales, y según éstos, así será su obra de positivos ó nulos resultados para alcanzar su fin particular y social.

IX

Indudablemente, la complejidad de operaciones, que vemos realiza el hombre en el decurso de su vida y hasta en un momento dado, son bastantes á probarnos, por muy poco que profundicemos, que se ejercen simultáneamente todas las facultades vitales humanas; pero si esto no bastase nos lo demostraría la unidad anímica. Las potencias humanas se ejercen simultáneamente, y así lo vemos á cada momento, por experiencia propia, pues queremos, conociendo y sintiendo, lo que queremos; conocemos, sintiendo y queriendo, lo que conocemos; y sentimos, conociendo y queriendo, lo sentido; de aquí la recíproca influencia, que tienen entre sí las facultades y, por consecuencia, que el ejercicio demasiado intenso y continuado de una facultad sea á expensas de las energías de las otras, que se debilitan y hasta pierden su facilidad y aptitud para su ejercicio respectivo. Así un hombre, en quien se diesen armónicamente des-

arrolladas todas y cada una de sus facultades, sería el tipo del hombre equilibrado, y la educación, que se diese al individuo con este fin y lo consiguiese, sería la única propia y adecuada para dar al ser humano un carácter universal, que le haga apto para realizar completamente su fin total, y alcanzar el último y supremo fin, á que le hace aspirar su naturaleza racional.

Pero realmente, pocos son los hombres, que desarrollan sus facultades con tal equilibrio, que no prepondere alguna de ellas á espensas del ejercicio de las restantes, lo cual, unido á las influencias de la herencia, en la parte corporal humana, á las del temperamento fisiológico, que imprime la preponderancia de algún sistema ó aparato del organismo, á las del medio ambiente, y á las de una educación viciosa ó nula, es causa bastante para que con Levy reconozcamos, que en la humanidad abundan los casos de *tipos esclusivistas*, en los que ya prodomina la sensibilidad afectiva, presentando varios matices desde el carácter llamado sentimental ó romántico, hasta el que apenas se separa de los linderos del tipo armónico; ya la inteligencia, cuyos matices pueden variar desde los caracteres lógicos á los ilógicos y falsos; ya la voluntad, desde la poderosa y firme que imprime el sello de un carácter de acero hasta la débil, juguete de todas las iniciativas menos de la suya propia, que hace al hombre pusilánime y mudable como las veletas; ya, por último, las potencias vegetativas que apagan en el hombre toda inteligencia, voluntad y sentimiento y le convierten en una máquina de hacer carne.

Aun hay más, nuestra experiencia en la cátedra nos ha advertido la existencia de tipos *mixtos*, en los cuales suelen predominar dos facultades, manifestándose entonces las potencias de una manera inestable; y tanto unas como otras, sean cualesquiera las que preponderen, se revelan con intermitencias de vigor ó apatía, de iniciativa ó sumisión, de poderosa y deslumbrante ideación ó de imprevisión y desorden lógico.

Armonizar la inteligencia, voluntad y sensibilidad, con las funciones puramente animales, es realizar nada menos que la unidad en la operación humana, ya que en su naturaleza el hombre es un solo ser, no obstante los dos elementos radicalmente diferentes de su composición. Pero conseguir la cooperación de las tres facultades más sujetas al escalpelo de nuestra conciencia, sensibilidad, inteligencia y voluntad, es no menos importante para nosotros, seres racionales, puesto que es conseguir unir la belleza, verdad y bondad, propiedades trascendentales del ser, que son unas con él y que á él nos manifiestan, en su pura realidad. Ahora bien, alcanzar la belleza, verdad y bien es, por último, realizar nuestra vida caminando á su fin último con un faro de esperanza por guía, que nos estimula y nos llena de anhelos inextinguibles para luchar, un día y otro, y siempre sin desmayo, contra los vientos de tempestad, que de continuo agitan el mar de la vida finita, amenazando con gigantescas olas anonadar á los que á él se lanzan. La inteligencia, iluminando el camino, la sensibilidad física, estimulando con sus comunicaciones sensibles, la



voluntad, moviendo vigorosamente á recorrerlo con sus determinaciones hechas á la luz de la inteligencia, y la sensibilidad afectiva, dulcificando las penas de lo arduo y fatigoso del camino con la emoción con que extasía á la realidad anímica por la contemplación de la belleza, bondad y verdad absolutas, presentidas á su fin, hacen al hombre apto para la vida individual y social.

X

He aquí la naturaleza humana tal y como la manifiestan las operaciones que ejecuta el hombre. Y he aquí que de ella se desprende que el individuo humano es necesariamente sociable. Efectivamente; en la sociedad se da y á ella lo llevan sus facultades, sensibilidad, inteligencia y voluntad; la primera por ser medio de comunicación con la naturaleza corpórea sensible, la segunda por ser discerniente é interpretante de lo que le llega por la vía de lo sensible y directamente, y la tercera por tender á unirse en amor con todo aquello que conviene con su naturaleza y el hombre conviene en naturaleza con todos los individuos humanos; así es, que no se puede dar excluído de toda sociedad, puesto que, aun cuando voluntariamente él no entrase en ninguna, por lo menos pertenecerá á la llamada sociedad universal, que comprende á todos los individuos humanos, que existen sobre la superficie terrestre, unidos por

los lazos de los deberes recíprocos, que les impone su naturaleza, el común fin último y las leyes comunes á que tienen que subordinarse para poder alcanzar el tal fin. Podrá, sí, el hombre no entrar á formar parte de aquellas sociedades, que dependen exclusivamente del libre arbitrio de los individuos que las constituyen, pero no se escapa de formar parte de aquellas otras necesarias, como la sociedad humana, en las cuales no se ingresa por mutuo acuerdo de voluntades, sino por el hecho de nacer con naturaleza racional.

Todos los hombres tienen idéntico principio vital racional, y teniendo idéntico principio de vida, el fin es común, y las leyes, á que se deben ajustar libremente, en su obrar, son también iguales; luego el hombre es sociable por naturaleza, si, como dice Rothe, y nosotros estimamos, sociedad es una unión de personas, que tienden á un mismo fin con medios comunes.

Decimos que todos los hombres, específicamente considerados, tienen naturaleza idéntica; y parece deducirse de aquí que todos los hombres, asociados ú obrando aisladamente, debieran servirse de idénticos medios para conseguir el fin último, común á todos; mas no sucede así en la realidad, antes bien, hay disparidad y luchas en la elección de los medios para conseguir el dicho fin, y, mucho más, para alcanzar los particulares, que son medios respecto á aquél; puesto que ni le dan todos igual alcance al fin último, ni todos convienen en qué consista, por más que convengan en que es una suprema felicidad. Sin embargo, no ha de extrañarnos que así su-

ceda, si tenemos en cuenta: 1.º, que el hombre, por lo que hace á su cuerpo, cuya influencia directa en la vida es innegable, es diferente en cada individuo y aun en los varios momentos de un mismo individuo. 2.º, que si todos los hombres, considerados en su realidad anímica son idénticos, parece que debían pensar, sentir y querer idénticamente; sin embargo, esto no se llega á conseguir más que genéricamente, esto es, en cuanto al modo de verificarse las tales operaciones, puesto que no todos los individuos consiguen el mismo grado de desarrollo intelectual, sensitivo y volitivo, y, por consiguiente, ni todos conocen las leyes de la inteligencia, sensibilidad y voluntad, ni todos las sienten con el mismo vigor, ni todos tienen el mismo amor á su cumplimiento; y por eso lo pensado, sentido y querido ha de diferir grandemente. 3.º, que si todos los hombres por su naturaleza corporal tienen una forma orgánica semejante, que está abierta á las influencias que la realidad física puede imprimir sobre ella, en cambio, ni en todos los individuos se desarrollan con igual perfección los sentidos periféricos, aparatos transmisores, centros receptores, vísceras digestivas, etc.; ni tampoco la realidad sensible se presenta en todos los puntos de la tierra ni de la atmósfera de idéntica manera. 4.º, que si es verdad que en todos los hombres se dan las pasiones, como incentivo, que estimula al ejercicio de la sensibilidad, inteligencia y voluntad, también lo es que no todas las subordinan á su finalidad, sino que más bien gran mayoría de los hombres se abandonan á los impulsos de

las mismas y ellas son la única guía de su desenvolvimiento. 5.º, que el incentivo de la propiedad, que es un derecho y un deber en todo hombre para desarrollar y conservar su vida, alcanzando su fin último, el de la creación y el de la especie, no debe ser en modo alguno arma de lucha entre semejantes, y, sin embargo, los hombres tienden generalmente á su adquisición y disfrute de tal modo, que, no sólo olvidan á menudo la ley civil, si que también la ley moral, que eternamente rige á la naturaleza humana. Y 6.º, vemos, por último, que si bien en todos los hombres se dan las facultades directrices con el carácter de perfectibles, como sobre ellas influye, especialmente, la educación é instrucción, que viene de fuera, ya de los padres, maestros y sociedad, ya de la Naturaleza, que siempre es libro abierto ante todo sujeto cognoscente que en ella quiera estudiar, así como también la que, cuando el sujeto se hace reflejo éste se da á sí mismo; sin embargo ni todos los hombres son educados é instruídos en el mismo grado de cantidad y cualidad, ni todos, en consecuencia, con lo que conocen de fuera tienen suficiente para educarse é intruirse introspectivamente.

Así, pues, si de una parte la unidad específica del espíritu humano y el axioma "Lo semejante ama lo semejante,,", fundado en que todo aquello que conviene con nuestra naturaleza es amado por nuestra voluntad, parece indicarnos que todos los hombres debieran formar la sociedad universal humana, no ya sólo por tener el mismo fin y medios comunes, como sucede en la rea-

lidad, si que también por unirse por mutuo acuerdo de voluntades, para realizar todos los fines permanentes y transitorios y hasta con idénticos medios; de otra parte, las desigualdades que entre los individuos establecen la naturaleza corpórea y el medio ambiente físico y moral, llevan al hombre á dividirse en sociedades para realizar fines particulares. Por eso la gran sociedad de la especie humana, constituida en un á modo de Estado que hiciese cesar las luchas entre los pueblos, no ha sido hasta ahora más que un hermoso sueño de algunos idealistas, del que no hace mucho les habrá despertado, dejando en sus almas amargo desencanto, el fragor de los cañonazos de los acorazados de una nación, que se cree á sí misma en el pináculo de la civilización, y que pretendía luchar, en nombre de la *justicia*, la *libertad* y la *humanidad*, al mismo tiempo que se apoderaba de las posesiones de otra nación que la ayudó á hacerse libre.

Todas estas desigualdades dieron por resultado que naciesen en los hombres distintas ideas de la verdad, el bien, la belleza, la justicia, la religión y la propiedad, y por tanto de los medios para conseguirlas; de ahí, pues, la diferencia de ideales que, si por una parte dividía á los hombres, por otra los unía en grupos con los estrechos lazos del interés común; pero como abandonado el hombre á su esfuerzo en los comienzos de su infancia, su civilización había de ser harto rudimentaria, hasta el punto de no conocer su naturaleza, y mucho menos la del mundo que le rodeaba y, sobre todo, la idea del verdadero ser creador de todo ser finito, había de tener

ideales de todo muy pobres y encerrarse en su propio interés y, por consiguiente, reducirse á la familia, sociedad en cuyo seno naturalmente aparecía, y la que ponía bajo una divinidad protectora de los individuos de la misma, realizándose en esta sociedad todos los fines bajo la jefatura del padre, que era el sacerdote, el juez y el propietario. La civilización aumentó y con ella los ideales fueron ensanchándose, y, por consiguiente, los lazos de unión entre los hombres; mas claro es que por entonces las analogías de intereses no podían estar sino entre las familias más próximas y procedentes de un tronco común, y se unieron bajo el dios á quien adoraban, y después de reunirse en fatrias ó curias para tributarle culto, acabaron por hacerlo para nombrar al Fatria ó al Curión, jefe del culto, de la justicia y del gobierno de la fatria ó curia. Crecen las necesidades de las fatrias, y su cultura se va desenvolviendo, y los límites que las cosas finitas ponen al hombre, su inteligencia los va alejando á medida que va teniendo un conocimiento más acabado de sí y de lo que le rodea, así como del ser superior á quien debe sumisión, y cuando llega á convencerse de que ese dios, no sólo protege á su curia, si que también á todas las que proceden de un mismo tronco, pues acaso cree que es un antepasado suyo, cuyos hechos heroicos conserva la tradición en varias curias, entonces para tributarle culto, para satisfacer mejor sus nuevas necesidades, y sobre todo, para robustecer su vida, se unen formando la tribu; reúnen las tribus en asambleas, como hicieron las curias, y en

ellas nombran el Tribuno, deciden el culto que se ha de dar al dios de la tribu, cómo se ha de administrar la justicia y el gobierno de la tribu.

De la tribu fué fácil pasar á formar la ciudad con tribus vecinas de cultura y costumbres comunes, de intereses semejantes, y sobre todo cuando ya el ideal religioso no podía ser un obstáculo por haber perfeccionado el hombre su idea y haber hallado divinidades superiores, bajo cuya égida pudiesen ponerse todas las tribus hermanas. Reunidas varias tribus, demarcan el territorio de la ciudad, se asientan en él, y ponen la ciudad bajo la protección de la divinidad, convocan sus asambleas y en ellas se organizan en sociedad, no sólo para el culto, si que también para establecer el derecho, que ha de regular todos los fines, y he aquí encerrado el Estado en la ciudad, como antes lo había estado en la familia y más tarde en la patria ó curia y en la tribu.

En la ciudad constituída en Estado la civilización tiene más medios de progresar, pero á medida que ésta se perfecciona, las ideas van cambiando y, por consiguiente, los ideales también, y poco á poco llevan éstos á los ciudadanos á encontrar estrechos los límites de la ciudad, comprendidos acaso en el recinto murado, y claro es, entonces el pueblo ciudad se ensancha, no sólo por las armas, si que también por el comercio, y sobre todo por la civilización, con la cual se asimila á todos los pueblos más atrasados, llegando á constituir las nacionalidades, que bien pronto se organizan también en Estados, elevándose así hasta por cima del pueblo por

la conciencia de su dependencia y de su unidad política comunes.

He aquí, poco más ó menos, cómo fueron constituyéndose los pueblos con extensiones más ó menos variables, habiendo recorrido el camino de su perfectibilidad, unos poco á poco, otros á pasos de gigante, en tanto que otros quedaban estacionarios, y aun hoy se hallan en estado semisalvaje; siendo estas diferencias debidas al grado de educación é instrucción de los mismos, y, sobre todo, al vigor con que han sentido los ideales humanos, que son los que unen y separan á los hombres para la obra de la común solidaridad.

XI

Los hombres de un pueblo se funden en apretado haz y hacen una como consustancial vida próspera y feliz en el camino de su perfectibilidad, con energías bastantes para realizar su misión terrena, cuando llegan á conseguir, no sólo la comunidad de territorio, lengua, intereses materiales y costumbres, si que también cuando reúnen los mismos ideales religiosos, morales, intelectuales y estéticos; pero esto no llega á conseguirse en un pueblo, sino cuando estos ideales son igualmente sentidos y amados, y no son igualmente sentidos y amados con la misma fe, cuando en la inteligencia media del pueblo no tienen igual representación. Ahora bien,

para conseguir que un ideal pueda alcanzar una representación análoga en la masa de un pueblo, no hay medio más eficaz, que el que alcancen todos el mayor grado de instrucción y educación media.

Nada une tanto á los hombres como la comunidad de sentimientos en el orden religioso, moral, intelectual y estético; pero nada los separa tanto, como la disparidad de estos sentimientos; ¿sabéis por qué? porque nada es tan íntimo, tan subjetivo, como lo es el sentimiento de aquello, que al hombre le es natural, y los hombres son naturalmente religiosos, morales, verídicos y estéticos; y las ideas, que sobre estos órdenes formula el hombre, sólo tienen vida cuando encarnan en el sentimiento y en el amor de los pueblos. En vano será que una idea sea comprendida por la inteligencia, pues no fructificará hasta tanto que no la atempere el sentimiento y la dé su amor la voluntad; así es que importa mucho tener en cuenta este fenómeno psicológico para llevar á los pueblos al sentimiento y amor de los mismos ideales, si se quiere que progresen y no se suiciden con sus divisiones.

El hombre sin ideales es estéril para la obra de la perfectibilidad, quedando reducido á vivir la vida estacionaria del vegetal infecundo y acaba por ser un algo extraño entre sus semejantes, que, estimulados por sus ideales, obran perfeccionándose y alejándose cada vez más de su contemporáneo. Un pueblo sin ideales es un cadáver, á quien las olas vitales de la perfectibilidad humana arrojan bien pronto á las playas de la muerte, como elemento atrofiado para el concierto de la vida.

El ideal religioso es ciertamente el que más une de todos los ideales humanos y une con más estrechos lazos que los demás, porque en realidad es como el resultado y compendio de todos los otros, pues es hijo del concepto que el hombre se haya formado de su naturaleza, de su origen y fin último, del mundo que le rodea y de la divinidad, considerada como causa. Por eso la religión es flor muy delicada, que necesita, para dar su perfume, que los hombres que la abracen le den el calor de su sentimiento, la luz de su inteligencia y el riego de su amor volitivo. Si le quitáis el calor del sentimiento íntimo de la realidad anímica, con que se une el hombre á su Dios, morirá helada por el frío del invierno del corazón; si la luz de la inteligencia, será planta sin fuerza, aroma ni color; si el riego del amor de la voluntad, se agostará y vivirá la vida de un día, desapareciendo al primer soplo del viento tempestuoso de las pasiones.

Los ideales morales vienen á ser como los tipos ejemplares, que el hombre y los pueblos toman á modo de norma que regule su conducta; y claro está, que según tengan éstos por postulado la verdadera idea del bien, la verdad y belleza y se apoyen en un Ser supremo y creador, ó en un ser abstracto y caprichoso y, por consiguiente, variable como las concepciones del individuo que cambian con las circunstancias; así, los individuos y los pueblos realizarán el bien y la justicia, premiarán la virtud y el mérito, etc., y será posible ó no armonizar el derecho y deber de todos y podremos contar ó no

con fuerzas solidarias, que concurran á la prosperidad del pueblo lo mismo en su orden moral que material.

Los ideales intelectuales no son comprendidos por el pueblo tal y como los formula el hombre de ciencia, y no mueven, por consiguiente, su voluntad y sentimiento fuertemente, hasta tanto que las obras literarias no se apoderan de ellos y los revisten de formas sensibles al alcance de la masa pueblo, sirviendo entonces, como los ideales morales, de vínculo, que estrecha á los individuos de un pueblo para la común obra. Los ideales estéticos empiezan por ser hijos del ingenio, que ó resume el sentimiento vago é indefinido que de lo bello tiene su pueblo y lo hace redivivo por medio de sus obras artísticas, buscando el aplauso de los contemporáneos, ó inspirándose en una idea determinada y perfecta de la belleza, la siente profundamente y sabe expresarla sensiblemente en las obras artísticas, modificando el ideal del gusto de su pueblo. Por eso en los ideales intelectuales, el sabio va delante del pueblo y en los estéticos el ingenio ó compendia el gusto popular ó lo unifica, en cuyo caso va detrás, pero perfeccionándolo, ó desde luego, le presenta sus ideas revestidas sensiblemente y en forma artística, modificando el gusto de la masa pueblo, en cuyo caso va delante como el sabio. Tanto los ideales intelectuales, como los estéticos, si están apoyados en un más acabado conocimiento de la realidad, ó en una adivinación, que mejor la exprese conmoviéndonos profundamente, acaban por llevar al pueblo, que los conoce, siente y ama, á procurar su cumplimiento, llegando así á un mayor gra-

do de perfeccionamiento, y unidos por ellos multiplican más y más sus fuerzas y energías vitales, abriendo ante el pueblo horizontes, cada vez más extensos, de vida vigorosa, próspera y feliz.

Al calor de estos ideales capitales humanos, nacen en el hombre sentimientos tan tiernos como el que se tiene á la familia, y sobre todo á los que nos dieron el ser, á la tierra que nos vió nacer, á los paisajes que descubrió nuestra niñez, á la casa que presenció nuestros juegos infantiles, á la provincia ó región que habla con nuestros propios modismos, á la nación que tiene nuestro mismo idioma, que, constituida en Estado, contribuya á hacer posibles la realización de todos nuestros fines, y cuya cultura y costumbres contribuyeron con nuestros maestros á formar nuestro caudal anímico; en una palabra, al calor de los ideales religiosos, morales, intelectuales y estéticos, brotan en el individuo que llega á tomarlos como norma de su obrar, el santo amor á la patria, y de él nace el deseo de engrandecerla y defenderla, y de este deseo la natural tendencia en todo ciudadano de intervenir en la política ó gobierno de la nación para, poniendo á su disposición su inteligencia y voluntad, hacerla suficiente para que pueda llenar todos los fines, que á sus ciudadanos les competen como individuos humanos.

XII

El pueblo, que es una masa de hombres, cuya unión interna y separación de otros procede esencialmente de la cultura, espíritu y carácter común de costumbres, que les animan, si lo consideramos psicológicamente es un ser culto; pero esa masa de personas, vista en conjunto y dirigiéndose á una finalidad, es inconsciente y necesita una o varias individualidades, que, puestas á su frente, den á su organismo personalidad ó conciencia refleja, esto es, necesita dirección, que lo constituya en nación para realizar los fines sociales, y en Estado para realizar y hacer efectivo el Derecho, único modo de que aparezca la personalidad jurídica; puesto que si es cierto que hay en todo pueblo disposición para la unidad, también lo es que ésta no es de voluntad y acción sino de comunidad de los caracteres dichos. Esto nos explica cumplidamente, que si los ideales, que animan á un pueblo, se han hecho patrimonio de todos ó de la mayor parte de la masa, no han podido, sin embargo, ser producto de la masa. Los ideales son originados por las ideas de los individuos del pueblo, los cuales lenta y sucesivamente se va asimilando, y haciendo suya la masa. El proceso del ideal es, pues, originarse en el individuo, ser desenvuelto por los individuos hasta que llega á ser patrimonio de la masa, que lo toma como modelo y faro de conducta.

Ahora bien, el individuo es ser consciente y libre y, por consiguiente, está dotado de facultades directrices, en las que es permanente la aptitud para la perfectibilidad; mas como las facultades sólo alcanzan la perfectibilidad educándose é instruyéndose, es claro que de aquí podíamos deducir desde luego, que la reforma de un pueblo la podemos conseguir, ó cambiando los ideales que lo llevan por caminos de perdición, ó dándole nuevos ideales que lo lleven por el camino de la vida, si es que no los tiene, pero, como es natural, llevando esa reforma para que sea efectiva y fundamental al individuo, que es donde, brotando las ideas humanas, se originan los ideales, que más tarde se extienden á la masa, que los adopta ó rechaza.

Es una gran verdad que el medio social, en que el individuo se desenvuelve, sobre todo en los momentos actuales de la civilización, ejerce sobre él una influencia tan poderosa, que en la mayor parte de los casos, á ella ajusta sus gustos, costumbres y hasta temperamento, considerándose, al que no se adapta á este medio, ó como anticuado ó como estrafalario, si es que no se le moteja de chiflado. Sin embargo, frente á esta verdad experimental, podemos presentar la no menos exacta de que una instrucción sólida y acompañada de una educación verdadera de las facultades humanas, da al individuo una personalidad propia con iniciativas bastantes para contrarrestar la influencia social, si no es conveniente, y aun más, para ejercerla él sobre los elementos sociales, que le son coetáneos y, sobre todo, para preparar el

camino de las generaciones sucesivas; y esto es tanto más cierto, cuanto que del individuo parten y en él tienen origen las pequeñas ó grandes iniciativas, que dan por resultado el progreso ó estacionamiento en todas las esferas de la actividad humana, y á individuos de inteligencias observadoras son debidos los grandes descubrimientos, que, de tiempo en tiempo, conmueven á los pueblos y les hacen dar pasos de gigante en el camino de la civilización. ¡Qué más! Esas grandes epopeyas que exponen en cantos admirables los sentimientos, que todo un pueblo tiene á sus ideales y en los cuales desaparece por completo la personalidad del autor absorbida por la grandeza de lo objetivo cantado, sólo puede haberlos producido aquel individuo, que haya visto y sentido más hondo lo que todos creen y sienten, el que, en una palabra, se haya formado más exacta representación de los sentimientos comunes del pueblo y los haya sabido vestir con una forma artística sensible que llegue á conmover á toda la masa del mismo.

Sólo, pues, reformando al individuo puede reformarse radicalmente á un pueblo; lo cual nos explica la razón de la lentitud con que se transforman los mismos, cualquiera que sea el carácter de la actividad reformada. Ved sinó lo que ha acontecido en toda reforma religiosa: no ha sido, no, la colectividad la que la ha originado, sino la idea nueva concebida por la mente del individuo, que, comunicada á sus semejantes coetáneos, en cuyas inteligencias ha sufrido acaso cierta crítica, se ha depurado y, poco á poco, ha ido encarnándose en ellas

hasta constituir el nuevo ideal religioso que ha derrocado al antiguo; bastando entonces un acto cualquiera para que la nueva idea adquiriera la hegemonía de derecho, que ya había alcanzado de hecho en la conciencia del pueblo.

En nuestra Península, durante la primera mitad de la dominación visigótica, se disputaron las conciencias del pueblo, con especialidad las ideas católicas y arrianas. Un día se antojó á un rey, Recaredo, reunir el tercer concilio de Toledo y declararse en él católico y proclamar oficial la religión católica. ¿Creéis que antes que esto sucediese no había vencido ya en las conciencias de los visigodos el ideal religioso católico? Si así no hubiese sucedido, el Rey y su corte hubiesen quedado solos en la profesión de la fe católica; mas no en vano había derramado su sangre San Hermenegildo; éste con su sacrificio atrajo al Crucificado aun á los más indecisos. Aparentemente la reforma del siglo XVI se debe á Martín Lutero, pero en el fondo él no fué más que la ocasión de que se popularizase lo que ya estaba en la conciencia de los príncipes alemanes. Una idea puede ser tan luminosa y hablar á todo un pueblo con tal claridad, que éste la adopte y le dé todo su asenso intelectual sin distingos y, por consiguiente, le haga modificar todo pensamiento anterior, no conforme con ella; mas ha tenido que seguir el proceso de ser concebida por una inteligencia, después ser anunciada en forma de pensamiento, y por último que se la asimilen las inteligencias de la masa pueblo para que pueda ser un ideal que mueva á todos á su consecución.

No basta, en verdad, el individuo para realizar por sí sólo, ni aun el progreso de la ciencia; más él es el único, que, por ser pensante y libre, puede dar enlace y sistematización á los conocimientos adquiridos por las generaciones pasadas y las contemporáneas, descubriendo la evidencia de los conocimientos particulares por el enlace, que tienen con los generales, evidentes en sí mismos, y también hacer brotar en su razón, nuevas ideas por la comparación de aquellos entre sí, ó con los que él ha adquirido directamente. Sólo el individuo puede, allá en el laboratorio de su razón, poner enfrente las ideas y que de su comparación salten nuevas ideas que iluminen el campo científico, á la manera que del choque del eslabón con el pedernal brota la chispa, origen de la luz material, que disipa las tinieblas de la noche; y estas ideas, recogidas y sistematizadas por todos los que trabajan en el campo científico, son las que constituyen su progreso. De modo que individuos y pueblo trabajan en el adelanto del progreso influyéndose mutuamente, pero el individuo lo suele hacer consciente y libremente y el pueblo siempre espontánea é irrefleja, á no ser que, organizado en las personalidades jurídicas Estado y Nación, estas entidades le lleven por el tal camino, proponiéndoselo como finalidad. De aquí la importancia suma que las individualidades tienen en los adelantos del género humano, y por eso ellas solas son las que transforman la ciencia y saber de un pueblo, sobre todo cuando aparecen algunas privilegiadas que merecen el dictado de sabios, ingenios, etc.

El estado de la ciencia en un pueblo es verdad que revela el de la cultura del mismo, puesto que, aun cuando sus cultivadores de profesión, sean los menos, los adelantos de la ciencia bien pronto pasan á vulgarizarse y hacerse prácticos en la masa pueblo, y por consiguiente, á llevarle á la prosperidad y á la perfectibilidad; de ahí que por este lado también resulte que la reforma del pueblo para ser radical y eficaz tenga que empezar por la del individuo.

Se ha hecho vulgarísima la frase de que *cada pueblo tiene el gobierno que se merece*, y es exactísima en el sentido de que sólo los pueblos vigorosos saben tener gobiernos fuertes, morales y prudentes en el manejo de la cosa pública, mientras que los pueblos débiles sin fe en ideal alguno, se hallan gobernados casi siempre por los audaces y por los que toman como un *modus vivendi* la política; todo lo cual nos demuestra que debe venir la regeneración, para vigorizar á esos pueblos, de la reforma primitiva de los individuos y desde el momento en que estén aptos para recibir enseñanza, haciendo que en ellos fructifiquen ideas y aptitudes, que los lleven por el camino de la realización de su finalidad verdadera, y á las cuales den el calor de su sentimiento, la luz de su inteligencia y el amor de su voluntad; y cuando esto suceda con los individuos, el conjunto se desarrollará potente y próspero. Claro está que las ideas y aptitudes de que aquí hablamos han de ser aquellas que tiendan á que la humanidad cumpla el fin de su naturaleza y con los medios dados á la misma, pues todo lo que no sea esto,

será llevar á los individuos y á los pueblos á su ruina y muerte, porque, como dijo Bacon, no se triunfa de la naturaleza sino obedeciéndola, y no la obedece el hombre, ya que es cognoscente y libre, sino cuando conoce las leyes de sus potencias y las cumple al ejercitarlas.

XIII

¿Cómo guiar á un pueblo nuevo, para que realice sus destinos? ¿Cómo reformar á un pueblo que consume sus energías en alimentar la enfermedad que lo aniquila? Instruyéndolo, dicen unos; cambiando sus formas de gobierno, dicen otros; mas muy pocos se acuerdan de que existe un medio radical, si bien lento, de hacer grandes á los pueblos que nacen y de reformar y llevarlos á sus verdaderos destinos á los que, ya existentes, se extraviaron de su camino de vida próspera.

La transformación, que se puede hacer del individuo, más rápida, pero menos profunda y permanente, se consigue indudablemente sometiéndolo á una enseñanza, puramente instructiva, que si se le da sistematizada, será mucho mejor para ganar tiempo, puesto que no hay más que recargar la memoria, sobre todo si el individuo es joven, estimulándole en el aprendizaje de las teorías con diplomas, medallas, etc., etc., y con seguridad que los exámenes que verifique, discursos que pronuncie, ó concursos que realice, serán brillantes y si se quiere

asombrarán; pero esta enseñanza presenta desde luego el inconveniente de anular cada vez más la personalidad individual, haciéndole conocer con lógica ajena y pensamiento prestado, formándole un modo de ser extraño, en el que, si alguna vez reflexiona por cuenta propia, no se verá tal y cual es él, sino extraño á su pensamiento propio.

El sistema de enseñanza, puramente instructivo, transforma á los individuos y á los pueblos, pero hace de ellos un conjunto de hombres que necesitan y quieren que hasta el pensar se lo den hecho. Los debilita y convierte en blanda cera, que se somete con facilidad al modelador; y así viven con la confianza de que alguien se encargará de su presente y porvenir. En ellos se anula la voluntad y, por tanto, las iniciativas, energías y el imperio de sí mismos. Despierta, sí, este sistema instructivo grandemente los deseos y anhelos vehementes de igualdad, se obtienen con él nociones de libertad, pero no se la sabe poner en práctica, pues los que de tal modo son enseñados, creen que con ser iguales ya son libres. Así acaban por ser colectivistas y buscar que los haga iguales una entidad, que sea una persona jurídica, el Estado, por ejemplo, para que no haya un individuo que no esté al mismo nivel, y á la cual se pueda culpar de todo cuanto salga contrario á la idea preformada por el bando, sistema ó tendencia política.

Los pueblos latinos, como Francia, España, Italia, Portugal, etc., que aun cuando no de la misma sangre, son hijos de la misma civilización, se semejan, con pe-

queñas diferencias, por haber dado á sus enseñanzas oficiales y privadas un carácter exclusivamente instructivo, siendo para ellos la educación de las actividades del individuo, ó completamente descuidada ó relegada á un lugar secundario. El ideal de la enseñanza en estos pueblos se puede decir que queda reducido á la brillantez en los exámenes, concursos, academias y tribunas y á alcanzar como coronamiento un diploma de honor. Realmente, la fina, delicada y espiritual civilización de los pueblos latinos, no hubiera dado ni daría tan funestos resultados para el porvenir de los mismos, si éstos hubiesen tenido y tuviesen la suerte de ser gobernados por hombres eminentes en la política, que, comprendiendo sus ideales, hallasen con previsión los medios adecuados para realizarlos, y si á estos pueblos no se les hubiese instruído en otras ideas que en aquellas que produce la verdadera ciencia, en los puros ideales estéticos y en los principios de la moral, fundada en la inmovible base de un Dios, ser puro, causa creadora de todo lo que, siendo, no es Él. Pero ya sabemos todos lo que acontece en la vida real: de una parte las banderías políticas se lanzan con audacia á empuñar las riendas del gobierno, dando á los cuatro vientos programas vagos é indefinidos, pero brillantes en su forma, y llenos de promesas de prosperidad, jamás cumplidas, cuando usufructúan el poder; de otra la propaganda incesante, no ya contra los vicios que, en todo régimen, puede haber, sino contra toda institución existente, siquiera éstas sean tan naturales y necesarias al hombre, como la reli-

gión, y la moral y la familia fundadas en aquélla; así no es de extrañar que en los pueblos latinos encontremos grandes masas de hombres honrados, que hayan perdido la fe en los políticos y en los charlatanes reformadores, y que con su apatía dejen que se apoderen, con más frecuencia cada día, los audaces é ineptos, de los cargos públicos, los desempeñen como usufructuarios y lleven al pueblo á la ruina, y que estos pueblos latinos, que se llaman católicos, vayan separando insensiblemente de su corazón y voluntad el fuego y amor á todo lo bueno, justo y verdadero.

Italia, según las estadísticas de Lombroso, ha multiplicado sus escuelas y con ellas los medios de instrucción y, sin embargo, no se ha disminuído su estadística criminal, pues, cuando más, lo único que se ha conseguido allí con el aumento de lectores es variar la forma de los crímenes, pero no disminuir el número; de ahí que el sabio citado haya tenido que reconocer la falta de educación en la enseñanza italiana y sobre todo la incredulidad religiosa que hoy domina á las conciencias italianas.

Francia, que se considera con razón el cerebro de la civilización europea, cuenta con una enseñanza en la que se han sobrecargado tanto los programas, que ha hecho sospechar á alguno de sus estadistas, si ésta será la causa del aumento de las enfermedades mentales, que en la nación vecina se notan, y sin embargo, ¿ha disminuído su criminalidad en número sensible? ¿Existe país al cual hayan acudido y en el cual hayan

tenido tanta ayuda los anarquistas, como en Francia? España, el pueblo tradicional de la cultura latina y de la enseñanza instructiva, siquiera la mayor parte de sus individuos sigan sin saber leer ni escribir, ¿no ha aumentado en un cincuenta por ciento sus escuelas primarias, institutos de segunda enseñanza y demás centros de instrucción desde la ley de Moyano? En cambio, ¿cuánto es lo que ha disminuído su criminalidad? ¿No es un hecho que el anarquismo donde más se ha extendido aquí ha sido precisamente en la región catalana, donde los obreros son más ilustrados que en el resto de España? Quizás todos me digáis que yo estoy en un error, pues parece deducirse de lo antes expuesto, que la instrucción y por consiguiente la cultura que da, vienen á ser la causa de la criminalidad; pero quien tal deduzca de lo aquí dicho, será el que no sabrá sacar consecuencias. Lo que de nuestras consideraciones se desprende es que la instrucción, que suaviza costumbres y contribuye á dar al hombre un arma poderosa para, dominándose al conocerse, domeñar sus propias pasiones; sin embargo, cuando se da á inteligencias no convenientemente preparadas, produce los mismos resultados, que el suministrar en abundancia á un estómago exánime un alimento pesado como la carne de vaca que, lejos de reanimarle, le producirá una indigestión; no otra cosa es lo que produce el exceso de doctrina en inteligencias tan débiles y tan en la infancia, como las de los obreros latinos, que en las escuelas no aprendieron más que á mal leer y escribir, pero sin educar antes sus facultades sensibilidad,

inteligencia y voluntad para saber sentir, conocer y querer.

Debido á esta enseñanza predominantemente instructiva, los pueblos latinos son socialistas; y ora estén regidos por monarquías, ora por repúblicas, cualquiera que sea el rótulo de sus gobiernos, la acción del colectivismo es en ellos tan preponderante, que sólo al Estado confían las iniciativas, energías, y, en una palabra, todo cuanto á las esferas política y social corresponde, reduciendo al minimum la acción particular de los individuos. Fueron siempre los latinos grandes discutidores y pudieron enorgullecerse con gran número de oradores, pero amigos de la palabra y de la lógica ideal, se preocuparon siempre muy poco de los hechos y de la lógica natural; así es que gustan más de las ideas, sobre todo, cuando son muy simples, generales y presentadas en hermoso y brillante lenguaje. ¿Cuántas víctimas no han causado en España los discursos brillantes de nuestros políticos y su lógica idealista? Un latino lo deduce todo con lógica artificiosa, separándose cada vez más de la realidad y reconstruye los pueblos y las ciudades con todas las piezas, pero sobre planos iluminados con sólo ideas abstractas, sin preocuparse jamás de profundizar si aquellas ideas son ó no fiel reflejo de la realidad, y si han sido previamente contrastadas en todas aquellas fuentes, que al Hacedor de la naturaleza humana plugo darle, para que tuviese un criterio fijo que le asegurase de la verdad y evidencia de sus conocimientos.



El espíritu clásico se ha encarnado en los pueblos latinos, como dice Taine, y de ahí que éstos no hayan hecho otra cosa, con tal sistema de enseñanza, que aislar algunas nociones muy simples y muy generales, y después, abandonando por completo la experiencia, compararlas y combinarlas, y del compuesto artificial, fabricado á capricho, deducir, con un poco de razonamiento, las consecuencias que encierra. En efecto; hasta la vecina Francia, que puede decir que es el único pueblo latino, que hoy cuenta con una escuela experimentalista de importancia, la cual se da á sí misma el pomposo nombre de positivista, y cuyo objeto era abandonar los idealismos y refugiarse en los hechos para identificarse con la realidad, presenta ya en el jefe de la escuela, Augusto Comte, un perfecto desprecio de la iniciativa individual, pues principia por afirmar que “es indispensable la enérgica preponderancia de un poder central,, y concluye por idealizar la experiencia hasta elevarla á una Metem-pírica, lo cual no tiene nada de particular, si se tiene en cuenta que, como ha dicho muy bien M. Hanotaux, á partir del Renacimiento, la imagen de Roma se inscribe con rasgos indelebles sobre la figura de Francia, y durante tres siglos su civilización no ha sido otra cosa que una pintura imitativa de la civilización romana. En España misma, no obstante no haber faltado quien comprenda cuánto interesa tener en cuenta la experimentación de la realidad, que á cada paso se nos impone, y haberse tomado disposiciones en este sentido por los gobiernos, sobre todo, en las carreras de ciencias físicas y

naturales, medicina, ingenieros agrónomos y químicos, ingenieros de caminos y minas, escuelas de artesanos, electricistas, etc., si no queréis sufrir un desengaño, no os fijéis en lo mucho que se sigue teorizando ante un hueso ó una víscera, ante una planta ó una semilla, ante una piedra ó un mineral. En España no se concibe á un hombre de carrera, sea ésta la que quiera, que no sepa hablar con cierta soltura y brillantez, aun cuando sea para enseñar á sus alumnos el cultivo de la patata, y en cambio muy pocos se preocuparán de los resultados prácticos que de sus lecciones se puedan sacar.

He aquí por qué razón no hemos podido nunca ver sin pena leer á un obrero esa prensa que, so pretexto de comunicarles un ideal político, almacena en sus cerebros tantos elementos de lucha, los cuales sería difícil encauzar aun á las inteligencias más poderosas, puesto que no teniendo nuestros obreros ni pensamiento, ni lógica propios, no les puede resultar de la tal lectura otro beneficio que el que les resulta á diario, el de enloquecer é irse á los extremos, que siempre están fuera de la realidad de la vida; pues ni saben asimilarse las ideas que leen ni las pueden rechazar, porque no hay vigor crítico en sus inteligencias bastante para discernir la verdad del error, lo ideal de lo real, la preocupación y prejuicio de sistema de la sinceridad y buena fe del que escribe.

XIV

Es corriente la creencia, sobre todo entre los políticos españoles, de que el único medio con que cuentan los pueblos para transformarse, reunir energías y adquirir nueva savia que les reparen las fuerzas perdidas, consiste en cambiar sus formas políticas de gobierno y poner, por ejemplo, donde estaba el letreiro *Monarquía*, el letreiro *República*, ó viceversa; sin embargo, nada hay más lejos de la realidad.

Las formas políticas no expresan ni tienen otro objeto que organizar jurídicamente el Poder del Estado, en relación con sus elementos constitutivos; por consiguiente, la etiqueta escrita al frente del edificio social no posee en sí misma poder bastante para decidir del modo de ser de un pueblo; esta vana costumbre exterior es, como todas las costumbres exteriores, insuficiente para imprimir el carácter psicológico del pueblo de que es árbitra. Así vemos que al presente todas las naciones, que han recibido la civilización latina, han seguido teniendo la centralización en su régimen político y administrativo, sea cualquiera la forma política, que haya estado al frente de sus destinos; y también vemos, cuán lenta es su prosperidad, si es que ya no ha llegado alguno á los últimos grados de decadencia. Buena prueba son las repúblicas centrales y sudamericanas,

naciones que, sin embargo de contar con un suelo fertilísimo y con abundantes riquezas naturales, apenas empezadas á explotar, se hallan, no obstante, en manifiesta decadencia. Sin artes, sin comercio, sin industria y sin ciencia, cuál más, cuál menos, todas han caído en dilapidaciones y quiebras, enseñoreándose la anarquía de la mayor parte de ellas.

La psicología ó carácter esencial de los pueblos, no es dado por las formas políticas, antes bien, son ellas producto de la psicología y cultura de los pueblos; así, una misma forma política varía, según la época en que se haya aplicado ó la civilización del país á que se aplique; sirvan de ejemplo las repúblicas griegas comparadas con la latina y las griegas y la latina de la edad antigua con las italianas de la Edad Media, y éstas con las modernas, así como también comparemos entre sí las repúblicas actuales y se verá la prueba de nuestro aserto. Lo mismo encontraremos una prueba de lo que decimos, si comparamos entre sí las monarquías de distintas edades y de distintos pueblos con diferentes sistemas de enseñanza. Las formas políticas son más bien consecuencia de la psicología de los pueblos, á cuyo poder representan.

Francia, que es la nación, que más ha sentido las sacudidas de la revolución de las ideas políticas y, por consiguiente, los cambios de las formas políticas, sigue hoy siendo centralizadora, tan apegada al expedienteo y tan sin iniciativas particulares y sociales como en los últimos tiempos de la monarquía hereditaria; los adelan-

tos industriales y económicos, que la han detenido en el camino de su decadencia, débelos á la cultura y á la corriente educadora, que comenzó á iniciarse en ella después de su desastroso Sedán, mas no á las formas políticas que ha tenido. ¡Cuántas inmoralidades no se han descubierto en los hombres de su República! Realmente muchos de ellos poco se han diferenciado de aquellos malos administradores de la Monarquía hereditaria y del imperio improvisado por Napoleón.

Toda forma política de gobierno, que apareciese en un pueblo, no convenientemente preparado para ella, sin fundarse en el alma misma del pueblo, ó viviría la vida de un día, si es que quería obrar en oposición al modo de ser del mismo, como aconteció á nuestra República del 73, ó de vivir, tendría que limitarse á cambiar los nombres, esto es, á habilitar con palabras nuevas las concepciones antiguas, que representan la evolución natural de un pasado, que sigue en el fondo. Repasad, si no tenéis fe en mis palabras, la historia de nuestras rencillas políticas, y como lo hagáis profundizando, estamos seguros que acabaréis por darnos la razón. Hemos luchado, discutido y vociferado no poco, para conseguir que los derechos políticos individuales se consignaran en el código fundamental, para ser juzgados por el jurado, para tener todos representación en los asuntos públicos con nuestros votos, y se ha conseguido una constitución con garantías, el jurado y el sufragio universal; mas no obstante anhelar todo esto el pueblo español y haberlo conseguido, sin embargo, como quiera

que ni el pueblo estaba educado é instruído para ello, ni después se ha subsanado esta omisión, en la realidad seguimos como estábamos antes, pues vemos que el día que á un gobierno le hacen sombra las garantías constitucionales, con un Real decreto las suspende, y el día que no las suspende las tiene únicamente el que le conviene al gobierno que las tenga, y al que no le conviene que esté garantizado por ellas, siempre encuentra medios para anularlo; de modo que en este punto seguimos como siempre. ¿Ha mejorado la justicia con el jurado? Todos sabéis que no. ¿Por qué? Porque para ello era preciso que el pueblo, moral é intelectualmente, fuera otro de lo que es en la actualidad. Hay parlamentos debidos al sufragio universal; y sin embargo, no se votan otras leyes que las que á los gobiernos interesan ó aquellas otras que, siéndole á él indiferentes, á alguien, á quien quiere complacer el gobernante, interesan. Luego poco más ó menos, podemos seguir diciendo: allá van leyes do quieren gobiernos, que es lo mismo que se decía antes: “allá van leyes do quieren reyes,, sin más diferencia que poner gobiernos en vez de reyes.

En España, y desde las Cortes de Cádiz hasta los momentos actuales, se han formado *algunos* partidos políticos y todos pusieron en su bandera el lema del progreso y bienestar del pueblo. ¿Cuántos fueron los que, en fórmulas concretas, claras y terminantes, expresaron lo que harían para fomentar los intereses económicos y morales del país? Y adviértase que lo único que positivamente interesa á los pueblos, que hagan

los políticos es que sean morales y sinceros y que fomenten los intereses económicos y morales, puesto que esto es lo que en realidad les lleva á la prosperidad, les abre horizontes y les señala una vida segura y sin decaencias.

Al negar nosotros la exactitud de la creencia que existe de que las formas políticas y partidos políticos sean suficientes por sí solos para transformar un pueblo, por ejemplo, de imprevisor en previsor, de socialista en individualista, de inmoral en moral, etc., no hemos querido, en modo alguno, afirmar que sean inútiles unas y otros para contribuir á la reforma; antes bien creemos á las formas políticas necesarias para que los pueblos puedan organizarse jurídicamente constituyéndose en Estados, que, declarando el derecho, hagan posibles las operaciones que llevan á conseguir los fines de los individuos y el común del pueblo; así como estimamos á los partidos políticos indispensables para llevar á las esferas del poder la opinión pública y los ideales del pueblo y, por consiguiente, para que se realicen todos los adelantos posibles dentro del grado de civilización que tenga el pueblo; mas de esto á pretender que las formas políticas y partidos políticos tienen en sí virtud bastante para cambiar á un pueblo anémico por falta de iniciativas y de cultura en fuerte y robusto, hay todo un abismo.

Las formas políticas y los partidos políticos son hijos de las *escuelas*, que discuten y formulan principios políticos en el terreno puramente especulativo de la ciencia, y la ciencia ya sabemos todos que es hija de la edu-

cación é instrucción que tengan los individuos; así pues, antes que pensar en el cambio de las formas políticas ó en la reforma de los partidos políticos, cuando se trata de modificar la psicología de un pueblo para que se tonifique y deseche su anemia, creemos que deberíamos dirigir todos nuestros esfuerzos á educarlo é instruirlo. Ahora bien, un pueblo educado é instruído ya buscará la forma política y partidos políticos que mejor encarnen en su modo de ser y mejor lo lleven á la realización de sus ideales sentidos y amados.

Pero bien, se me dirá que hoy, sobre todo en España, la enseñanza, que es la que puede dar la educación é instrucción, está en manos de los gobiernos políticos, pues el Estado tiene que ocurrir á esta necesidad por no estar la nación convenientemente organizada para todos sus fines; más nótese también que si los gobiernos son los que por tal razón podrían hacer mucho para reformar nuestro pueblo, por ejemplo; sin embargo, ni ellos pueden dar directamente la enseñanza, ni pueden dar su método, pues su misión, para que diese eficaces resultados en este punto, debía quedar reducida á proporcionar los medios necesarios para que el profesorado en sus distintos grados la diese educativa é instructivamente y con arreglo á los métodos que la naturaleza humana impone.

XV

La transformación más radical y permanente del individuo y, en consecuencia, de un pueblo, se consigue educando las facultades del mismo é instruyéndolo á medida que la educación se va realizando. Y educar no es otra cosa que desenvolver las energías vitales y fortalecer el cuerpo; lo primero habituando cada actividad á su ejercicio propio, lo segundo acostumbrando lo físico al trabajo de subordinación al imperio de las facultades directrices, inteligencia y voluntad, y á las impresiones, transmisiones y recepciones de lo que la naturaleza material ofrece con sus cualidades sensibles. El poder del trabajo, la voluntad de obtener buen éxito y el hábito de repetir los esfuerzos sobre un punto determinado, son evidentemente fuerzas inestimables, que pueden dar vigor y multiplicar las aptitudes de cada actividad y ser aplicadas en cada instante á cada dirección de las muy numerosas, que el hombre puede tomar para llenar la misión de su vida, fuerzas, que la educación contribuye á sostener y despertar, tanto más, si se consigue que vaya acompañada del conocimiento de la naturaleza y de la ley de las respectivas facultades, y se procura ajustar este desenvolvimiento á su norma respectiva y se ayuda á la naturaleza humana, lejos de violentarla yendo contra ella.

La educación es el único medio que se nos presenta para que el hombre pueda, obrando sobre las circunstancias que á veces influyen sobre él, modificar su vigor físico, su carácter fisiológico, intelectual y moral, y, por ende, es un sedante que obra sobre el sistema nervioso, calmándole y disciplinándole lentamente. La educación, especialmente, cuando ha vigorizado la voluntad, á fuerza de hábito, da medios al individuo para influir sobre sus movimientos reflejos, sean del orden que quieran, permitiéndole moderarlos y hasta subordinarlos á su imperio volitivo.

La educación tiene un carácter general, no sólo porque alcanza directa é inmediatamente á las facultades directrices, si que también porque por medio de éstas llega á todas las demás humanas, causando profundos y admirables aumentos de vigorización en todas ellas y en la totalidad del individuo humano; pues esta savia de multiplicación de energías, con que enriquece al individuo, lo hace más apto para cualquiera que sea la dirección que tome, lo hace más sustantivo en sí, lo hace más perfecto en sus trabajos y le imprime carácter é individualidad propia en la operación que realice. La instrucción sola, de la cual tanto se usa y abusa en los pueblos latinos, por el contrario, es de carácter particular y debe cambiar con las situaciones en que se encuentra el individuo y las operaciones á que se destina, y empezando por ser general en sus fundamentos, ó sea en aquellos principios elementales de todo conocimiento, acaba por ser particular ó determinada á la

especialidad á que el individuo se dedica. El ideal de la educación es preparar hombres para realizar su vida, lo mismo como naturaleza corpórea que espiritual; mientras que el de la instrucción puede serlo exclusivamente el de hacer hombres sabios, aun cuando si ha de ser complementaria de aquélla debe tender á que el hombre alcance no sólo la ciencia si que también la virtud, la justicia y el buen gusto para sentir lo bello.

Desenvolver la iniciativa y la fuerza de la voluntad, habituar á la inteligencia á pensar por sí misma, tem-
plar á la sensibilidad física en las sensaciones del placer y el dolor simultáneamente, que son los estímulos y las fuentes, por los que y en las que la inteligencia ha de beber el conocimiento de la realidad sensible y el fundamento para poderse elevar al de la realidad pura inteligible, acostumbrar á la sensibilidad afectiva espiritual á emocionarse, organizando los sentimientos con que es modificada la realidad anímica por los conocimientos, voliciones y sensaciones de que se da cuenta, con el fin de dar calor á los ideales que de aquí forma el individuo, y que son los que han de mover al hombre en sus determinaciones sucesivas conscientes y libres. He aquí la labor trascendental de la educación. Además, sin soñar en utopias, podemos considerar á la educación como la base en que se ha de apoyar todo el que pretenda hacer la felicidad de un pueblo; puesto que preparadas las facultades humanas con una educación dada sin prejuicios ni preocupaciones de época ó sistema, sino teniendo únicamente en cuenta la naturaleza humana y

las leyes que la rigen, sobre todo, las respectivas de cada facultad, el hombre ó no conocerá, ó de conocer, conocerá la verdadera realidad; no amará, ó de amar, amará el verdadero bien; no se conmoverá emocionándose pura y desinteresadamente, ó de sentir lo inefable de la emoción, lo hará sólo ante las manifestaciones esplendorosas de la verdadera belleza, expresión de la realidad en forma sensible ante nuestras facultades aprehensivas.

Es preferible un hombre sin noción ninguna de esas, que constituyen las delicias de los eruditos á la violeta, pero cuyas facultades estén educadas con arreglo á su ley, á todos esos sabios improvisados por una instrucción separada de toda educación; pues siquiera aquél se hallará preparado de suerte, que todo cuanto conozca, leyendo en el libro de la naturaleza, de la sociedad, del maestro y aun reflexionando sobre lo que es él, y cuanto sienta, quiera y le emocione, le hablará de la realidad finita y de su autor, suprema aspiración de la ciencia y único camino de positivo progreso, y no se hallará expuesto, como el que está solamente instruído, á no saber sentir, amar, conocer ni emocionarse pura é inefablemente ante la realidad y orden del mundo, del hombre y, sobre todo, ante el puro ser, ante Dios, aun cuando haya aprendido de memoria mucho catecismo, dogma, filosofía, etc., pues no tiene sus facultades habituadas por la educación á su propia y respectiva finalidad.

Los pueblos anglo-sajones, frente á los latinos, cui-

dan ante todo de que la enseñanza arme á sus hijos para la vida presente, y así procuran que les dé aptitudes suficientes para conducirse solos, sin necesidad de la perpetua tutela, á que nuestra enseñanza nos lleva. Por eso en el pueblo inglés las estadísticas presentan pocos aumentos en las enfermedades mentales y el fenómeno de que sus obreros sean los menos colectivistas y anarquistas del mundo, no obstante que sus fronteras permanecen abiertas á los que, de otros pueblos, á él emigran. El anglo-sajón es individualista, tiene energías, iniciativas, voluntad é imperio sobre sí, y ante todo, aquella disciplina interna que dispensa al individuo de buscar guías fuera de sí mismo; de aquí que, estén regidos por monarquías ó repúblicas, su ideal es reducir al minimum el papel del Estado y elevar al maximum el del individuo. La educación entre los anglo-sajones es tan señaladamente preferida á la instrucción, que forman sus ingenieros, agrónomos y abogados prácticamente en un taller, en un cultivo y en un despacho, tomando la instrucción profesional de los libros y de los discursos. Los estudios primarios se hacen en escuelas privadas cualesquiera, debidas, en su mayor parte, á la iniciativa particular. Sus escuelas secundarias y superiores son no más que medianas, y, en punto á universidades, tienen muy pocas oficiales. Así, pues, si hay que elogiar mucho su educación de las aptitudes individuales, hay que censurar que su instrucción no tenga entre ellos la misma importancia. Los grandes centros de enseñanza que tiene Inglaterra, como Cambridge, Oxford, Ewton y

otros por el estilo, son frecuentados exclusivamente por los hijos de la alta aristocracia, puesto que la pensión que pagan pasa de seis mil pesetas; de suerte que los jóvenes, que reciben una alta instrucción, son una insignificante minoría, pues sólo concurren por término medio á la enseñanza superior unos seis mil, mientras que á recibir la enseñanza secundaria acuden unos veinticinco mil. En estos centros todavía se cultiva el latín y griego y se da gran importancia á las letras; pero al lado de esto no se descuidan los cursos en canoa, á los cuales dan una importancia decisiva. Los demás centros de enseñanza, que por todas partes se encuentran en Inglaterra, sólo se preocupan de la práctica y olvidan mucho el espiritualismo de la instrucción latina, como reconoce Kidd cuando compara á su país con Francia.

El discípulo entre los ingleses goza de la más extrema libertad, lo que hace que éste aprenda á guiarse á sí mismo, ideal, que todo inglés considera como base de su educación. Tienen, como escuela de disciplina, juegos, en los cuales es necesario saber mandar y obedecer. El obrero anglo-sajón se hace al contacto de las cosas y no del todo por la influencia de los libros. En España aun podemos encontrar obreros que, trabajando con una máquina en un taller, ó en una mina, hayan llegado á ser contramaestres; mas será difícil que encontremos uno que haya llegado á ingeniero oficial, puesto que aquí es necesario pasar antes por las escuelas, que conceden estos diplomas y estar en ellas el tiempo reglamentario. El

obrero inglés, que tiene capacidad suficiente, después del aprendizaje, llega á contramaestre y luego á ingeniero, no pudiendo llegar á serlo de ninguna otra manera, puesto que si, siendo rico, no quiere ser obrero asalariado y sin embargo pretende llegar á ingeniero, no tiene otro remedio que entrar durante dos ó tres años en una gran fábrica, pagando muy caro su aprendizaje para poder ponerse en condiciones de llegar á ser ingeniero. No por esto el ingeniero inglés está desnudo de toda instrucción teórica, pues para que el obrero una á la práctica técnica la instrucción, que su educación le hace buscar como necesaria, acude á los cursos fundados por la iniciativa particular en el taller, fábrica ó mina, los cuales se dan de noche, y allí se le explica, adaptándose á la realidad y á la capacidad del oyente, haciéndole ver la utilidad de lo que aprende. Por otra parte, existen multitud de bibliotecas particulares, que la iniciativa individual ha fundado; y no faltan periódicos diarios, ricos en informaciones de cuanto interesa á los obreros, acerca de los inventos, mecánica, economía, empresas, etc., y sin ninguna de las futilidades de gran parte de nuestra prensa, que no se acuerda de ellos mas que para inculcarles ideas políticas con el fin de que sirvan de escabel á los políticos en sus ambiciones.

Pero los pueblos anglo-sajones, que tanto se preocupan de la educación de sus aptitudes, olvidan mucho su instrucción disciplinada, y los individuos, si la consiguen, es debido á que la buscan por sí mismos desde un principio en los libros y discursos; y aun cuando esto les

dé cierto sello de originalidad que desde luego podemos notar en sus escritores, sin embargo, es un inconveniente para la educación misma; pues, así como una enseñanza exclusivamente instructiva, y por consiguiente, sin el desenvolvimiento de las aptitudes de las facultades humanas, hace á los hombres autómatas del instructor, del mismo modo una enseñanza educativa, en la cual se relegue á segundo término la instrucción, no puede ser completa; porque muy mal podrá darse si la instrucción no dice cuál es la naturaleza, cuáles son sus leyes y cuáles los procedimientos más adecuados para que el desarrollo de las facultades, que pretende la educación, se lleve á efecto. Esto sin contar, ante todo y sobre todo, con que el papel de la educación queda reducido, yendo acompañada de la instrucción, á facilitar el ejercicio de las potencias, para que con menos gasto de energía realicen su función, y á evitar que las energías se dispersen y no concurran todas á ejecutar la operación; mientras que el papel de la instrucción tiene por objeto darnos el conocimiento de cuántas y cuáles son las energías vitales humanas, cómo y de qué manera son las mismas, cuál es su objetivo y de qué modo se consigue, y enriquecer nuestro caudal espiritual con los conocimientos religiosos, literarios, científicos y técnicos, que nos llegan por los maestros y libros, así como también todos los otros conocimientos útiles para la vida, que aprendemos lentamente por la experiencia y observación propias y espontáneas; en una palabra, la instrucción da al hombre medios para conocer los tres grandes problemas que,

sobre todo, le interesan, como son: ¿Qué somos? ¿de dónde venimos? ¿adónde vamos?

Una enseñanza, pues, que dé toda la importancia á la educación y descuide la instrucción, considerándola como cosa que vendrá necesariamente por añadidura de la buena educación, es tanto como abandonar al individuo para que se instruya á sí mismo, con el peligro de que no atienda á otros conocimientos que á los sensibles, que son los que más incitan antes de llegar á los puramente espirituales; de aquí que los pueblos anglosajones prefieran á todos sus ideales el de la utilidad y que sus conciencias adapten la moral y el derecho al supremo interés del utilitarismo económico, que, si es un medio para la prosperidad material y ha podido llevarlos al engrandecimiento territorial y de poderío naval, de que hoy se enorgullecen, porque los pueblos latinos duermen á la sombra de los laureles, que en todas las esferas de la actividad humana llegaron á conquistar, no es lo bastante para llenar todos los fines sociales y políticos humanos, que la humanidad tiene que realizar; y de ello se convencerá esa raza, el día en que la latina mire con el mismo amor su educación que su instrucción.

En resumen, creemos que educación é instrucción se completan, haciendo posibles en los individuos las iniciativas y carácter propio y, por consiguiente, que en un pueblo, donde se consiga darlas unidas y en la integridad debida, según las edades, se conseguirá también la aparición continua de iniciativas, probidad, integri-

dad y constancia en los propósitos, para desenvolver todos los intereses morales y materiales del pueblo, considerado social y políticamente, que son los que constituyen el verdadero y total progreso.

La pretensión de Gustave le Bon de que la psicología ó carácter de los pueblos es debido á la raza, á que pertenecen, no es exacta en todos sus puntos, pues de su artículo "Le socialisme suivant les races,"¹ lo que se desprende es que el carácter diferente que presenta el socialismo en Inglaterra, Alemania y Francia se debe más bien á la diferente enseñanza que reciben estos pueblos, que á la diferente raza de que proceden. En efecto; si hemos visto en cuánto difieren los pueblos latinos de los anglo-sajones, atribuyéndolo á la diversidad con que se da la enseñanza en ambos pueblos, veamos ahora, en prueba de nuestra afirmación frente á la de Le Bon, lo que acontece en Alemania, que tanto ha sido influida por la civilización francesa y cuánto ella influye hoy con su ciencia sobre la Francia.

Alemania, durante el siglo pasado y presente, se ha venido transformando de individualista en colectivista, y hoy realmente el Estado, bajo la forma de gobierno Monarquía imperial, lo es todo en Alemania, habiendo tomado el socialismo un carácter científico, dado por esos centros universitarios, que llevan hasta tal punto la instrucción teórica, que no hay materia científica que

1 «R. Phil. de la France et de l'étranger.» Juillet. 1897.

no sea objeto de más de dos cursos, contribuyendo no menos á este socialismo, que pudiéramos llamar científico, el militarismo, que, impuesto á todos, como ley obligatoria, ha transformado en poco tiempo el alma del pueblo alemán, por la disciplina rígida de la vida militar, contra la cual al individuo le es imposible luchar. Así es que el jerarquismo le ha quitado todo sentimiento de iniciativa é independencia, pues se puede discutir hasta el rigor de los dogmas; mas, ¿cómo discutir contra el jefe que tiene el derecho de vida ó muerte sobre el súbdito, que le amenaza con la prisión ó la obediencia más humilde? Alemania se ha hecho colectivista, merced al socialismo de la cátedra, sistematizado como materia filosófica y considerado como una evolución histórica de las leyes económicas.

No obstante esto, no negamos nosotros, ni mucho menos, que la raza no tenga influencia en el carácter psicológico del pueblo; lo único que hacemos es limitarla á la que la herencia pueda tener en el individuo; pero si hemos dicho que ésta podía ser contrainfluenciada por la educación é instrucción, claro es que para nosotros es evidente que la influencia de la raza, que se perpetúa por la herencia, puede ser contrarrestada por una educación é instrucción, que lleve al pueblo por caminos opuestos y por hábitos distintos á los de la raza, y en consecuencia, que una enseñanza educativa é instructiva dada con perseverancia, transforma á las razas de indolentes en activas, de colectivistas en individualistas; sirva de ejemplo el Japón.

Reconocemos de buen grado que será preciso todavía el transcurso de algunas décadas de años para que las almas populares se convenzan de la noción de que sólo educando é instruyendo armónicamente y según las edades á los individuos, se consigue cambiar, no sólo las costumbres de los pueblos, si que también su psicología especial, hasta llegar á imprimir en ellos un modo peculiar de ser y de obrar. Pero tarde ó temprano ese día llegará, y entonces los que realmente deseen hacer prósperos y felices á los pueblos, trabajarán con ahinco en este sentido, y llegarán á conseguirlo, si emplean con amor los naturales medios de la educación é instrucción, que la esencia del elemento humano nos enseña son los únicos que pueden llevarlo por el camino de la perfectibilidad; y entonces, y sólo entonces, se comprenderá que de todos los errores de que nos da cuenta la historia, el más desastroso es el que ha hecho verter tan inútilmente ríos de sangre en las revueltas civiles, acumulando ruinas sobre ruinas, por la idea de que un pueblo cualquiera puede cambiar su modo de ser á capricho de un partido político.

XVI

El pueblo español, de raza ibero-celta, ha conservado su carácter propio, á través de los tiempos, sin más modificaciones trascendentales que las producidas por

las civilizaciones, que le trajeron las invasiones de los pueblos arios (griegos, romanos y visigodos), sobre todo la importada por la invasión romana, que, siendo la más perfecta, fué aceptada seguidamente; y bien pronto hubo españoles, que brillaron tanto en la literatura latina, que fueron los que más contribuyeron á contener su decadencia. Por esto, y por haber entrado de lleno en el renacimiento de las letras griegas y latinas, el pueblo español puede llamarse con propiedad *latino*. Las invasiones de los pueblos semitas y hamito africanos (fenicios, cartagineses, árabes, judíos, béberes, almorabides y almohades) apenas si dejaron rasgo alguno fundamental en el carácter de nuestro pueblo, que siempre los repelió, luchando á la desesperada contra ellos. A pesar de todas estas invasiones y luchas, el pueblo español ha seguido manifestando aquellas cualidades que los historiadores han atribuído al primitivo pueblo ibero-celta. En efecto; él es bravo, altivo, sobrio, sufrido, tenaz en sus propósitos, desinteresado, leal, soñador, amante de su independencia hasta el suicidio y vivo de inteligencia; pero merced á las dulzuras y feracidad del clima en que vive y, sobre todo, á su sistema de enseñanza latino, ha ido haciéndose cada vez más indolente, imprevisor y socialista, y ha perdido aquella acometividad guerrera, que le hacía emprender luchas de continuo, muchas veces sin motivo, adquiriendo en cambio docilidad y sumisión á la ley y poder constituído; digánlo sinó hechos como el de la abdicación sucesiva de Fernando VII y Carlos IV, de la corona de España en

Napoleón Bonaparte y el nombramiento de Rey de España, que éste hizo á favor de su hermano José; y sin embargo, el pueblo español, sólo y sin gobierno, expulsa al invasor, se da una constitución y le entrega la nación libre al mismo rey que le había entregado al extranjero. Nuestra revolución dura cuatro días, y no obstante recorrer en ellos todas las fases de períodos tan accidentados en otros pueblos, el nuestro no se entrega á los excesos á que se entregaron en iguales circunstancias el francés y el inglés, sino que bien pronto vuelve los ojos hacia algo que le dé orden y paz; y así como las Cortes traen á D. Amadeo, las Cortes sin violencias traen la República, y no viendo estabilidad en estos gobiernos, el pueblo recibe hasta con júbilo á D. Alfonso XII.

Esta docilidad y sumisión le ha llevado á esperarlo todo de sus directores políticos y sociales, no obstante los inmensos recursos con que cuenta para tener iniciativas individuales. Su indolencia, por otra parte, le hace pesado y enojoso pensar en el mañana y desentrañar el porvenir; de ahí su imprevisión, que le pone á cada momento en el trance de ser sorprendido por los acontecimientos. Y esta indolencia y esta imprevisión son hijas de la falta de una voluntad fuerte, de la carencia de disciplina interna, que permite al hombre iniciativas propias para vencer los obstáculos, por grandes que sean, que se opongan al cumplimiento de su deber, que es el de realizar el fin de todas y cada una de sus potencias y el total correspondiente á su naturaleza consciente y libre. Fáltale al pueblo español esa educación y práctica, de

que ya hemos hecho mérito, en todo aquello, que emprende con suma facilidad, gracias á la vivacidad de su inteligencia. Fáltale, por último, instrucción á gran parte de su masa, que, unida á una prudente educación, le dé el conocimiento de los hechos pasados y presente la clave del porvenir, para que los acontecimientos no le sorprendan y aplasten, sino que, yendo delante de ellos, los prevenga y evite, ó si esto no puede, los aproveche para su utilidad, como aprovechan las grandes avenidas los labradores expertos, para abonar y regar sus tierras de secano.

Pesa sobre el pueblo español y sobre sus destinos, como losa de plomo, la falta de iniciativa, que su especial enseñanza le da; de ahí la necesidad que ha tenido siempre de hombres, que lo guíen y conduzcan; por esa razón no ha prosperado ni figurado en la historia en todo momento como quien era, sino cuando ha tenido la suerte de que le hayan gobernado y dirigido hombres prudentes, probos y de iniciativa; pero cuando, como en el presente siglo, ha padecido tan diversos directores, más atentos á sus preocupaciones doctrinarias, si es que no á sus intereses particulares, que al verdadero bien de su pueblo; ¿qué podíamos pedir que hiciera el sufrido pueblo español más de lo que ha hecho, conservando su vida, aun cuando cada vez más debilitada?

Sale de la dirección del débil é inepto Carlos IV y cae en la de Fernando VII, que, con su padre, lo entrega al extranjero, de cuyas manos pudo escapar, gracias á su carácter no extinguido de fiera independencia;

pero, no obstante, este rasgo y sacudida tremenda de iniciativa del pueblo español, traspuestas las fronteras por el invasor, leal y sumiso se vuelve á entregar bajo las riendas del que le había humillado y entregado á Napoleón, porque ve en él al legítimo poder; mas Fernando VII paga al pueblo que le había sido fiel, aboliendo la constitución y leyes que, para vivir con orden y siendo pueblo constituido en personalidad jurídica, se había dado en las Cortes de Cádiz, mientras él paseaba su ignominia por el extranjero. Seis años le hace sufrir Fernando las más cruentas represalias, hasta que empiezan las sublevaciones con Riego en Cabezas de San Juan, que, siguiendo en la Coruña y Zaragoza, obligan al Rey á restablecer la Constitución del 1812. Tres años gobiernan los constitucionales, y no obstante ser liberales, no dejan por eso de gobernar con crueles represalias, mientras que los realistas conspiraban, como antes habían conspirado los liberales. Fernando, con los cien mil hijos de San Luis por auxiliares, consigue volver á restablecer el gobierno absoluto, con el cual gobierna hasta su muerte, muy trabajado en un principio por sus enconos contra los liberales, si bien luego se templó algo por las conspiraciones de los realistas *puros*, que tomaron como bandera al príncipe D. Carlos, hermano del Rey, las cuales arreciaron más, cuando nació Doña Isabel y D. Fernando la declaraba princesa de Asturias, para hacer más patente que había restablecido la ley de Partidas y abolido la ley Sállica..... ¿Pero, á qué continuar relatando hecho por hecho una historia, que está

en la memoria de todos vosotros? Sólo quiero que penséis en esto:

El pueblo español, que tan trabajado venía del reinado de D. Fernando, no tuvo vida menos agitada durante el reinado de Doña Isabel II; pues empezó con una guerra civil que devastó á España durante siete años y acabó con la revolución de Septiembre del 68, pasando por las regencias de Doña María Cristina y de Espartero. Llevaron las riendas del gobierno nada menos que cincuenta y un ministerios, habiendo entre ellos alguno, que sólo duró un día en el poder, como el ministerio Relámpago; llegando al ministerio hombres de partidos tan diferentes en ideas como eran los moderados, progresistas y últimamente el partido de la Unión liberal. Sufrió no pocos movimientos revolucionarios y algunos pronunciamientos militares. Rigieron constituciones tan variadas, como el Estatuto Real de 1834, la Constitución del año 1812, la de 1837, la del 1845, las reformas constitucionales de Bravo Murillo del año 1852, la del 1856 y su acta adicional del 15 de Septiembre del mismo año, la ley de 17 de Julio de 1857, que reforma la Constitución del 1845. Añadid á todo esto la guerra de Africa y decidme: ¿Qué podía hacer el pueblo español y qué es lo que hizo sin embargo en Africa? ¿Aprovecharon sus directores tan buena ocasión para guiarlo por donde estaban sus destinos asegurados? No, como no lo había hecho la casa de Austria malogrando el gran pensamiento del Cardenal Cisneros.

Destronada Isabel II, viene un período constituyente,

que, en otro pueblo menos sumiso que el español, hubiera sido de terribles trastornos, y sin embargo aquí se nombró la regencia de Serrano y se encargó del ministerio D. Juan Prim; se proclamó la Constitución del 69; se trajo á D. Amadeo, que reinó con los gobiernos de Serrano, Ruiz Zorrilla, Malcampo, Sagasta, y de nuevo Serrano y Ruiz Zorrilla, en cuyo tiempo abdicó D. Amadeo y las Cortes, reunidas en Asamblea nacional, proclamaron la República, siendo encargados del gobierno en el corto período que duró, desde el 11 de Febrero del 73 al 29 de Diciembre del 74, en que fué proclamado Alfonso XII, los Sres. Figueras, Pí Margall, Salmerón, Castelar, Serrano, Sagasta y general Zabalá, como presidentes del Poder Ejecutivo. Durante este tiempo se convocaron unas Cortes, las cuales, constituidas en Asamblea nacional, se entretuvieron en discutir si la República había de ser federal, y aun cuando la mayor parte estaba conforme en que fuese federal, desintieron grandemente en si había de ser regional ó cantonal. Entretanto los carlistas se habían levantado en armas; Cartagena y Valencia se habían declarado en cantón, y en Cuba la guerra separatista tomaba tal incremento, que duró diez años.

El restablecimiento de la monarquía borbónica con D. Alfonso XII, la Constitución vigente del 76, la terminación de las guerras carlista y separatista cubana dieron algún respiro al pueblo español, y parecía ya que había llegado para él aquel momento, en que tras penosa fatiga se reponen las fuerzas, atendiendo al des-

arrollo de la industria, el comercio y demás fuentes de riqueza, así como de los elementos de defensa que los hacen respetables ante otros pueblos.

Desde el 75 hasta nuestros días han turnado en el poder los partidos liberal conservador y liberal fusionista, bajo las jefaturas de los Sres. Cánovas y Sagasta, sin contradicción, salvo los pasajeros gobiernos de Jovellar, Martínez Campos y Posada Herrera; mientras el pueblo, con la poca iniciativa particular, que le es característica, cultivaba sus campos, perfeccionaba lentamente sus industrias, aumentaba su comercio y todo parecía próspero por este lado. ¿Qué hicieron sus directores y qué maña se dieron en regir los destinos públicos, que se encienden de nuevo las guerras separatistas de Cuba y Filipinas? ¿Cómo llevaron las relaciones internacionales, que estalló la guerra con los Estados Unidos? ¿Y cómo tuvieron presente el axioma *si vis pacem, para bellum*, que, á los primeros disparos, no obstante la bravura y honor nunca desmentidos de los ejércitos españoles, España maltrecha tiene que pedir la paz?

¿No os parece que frente á todas estas desdichas, en que colocaron al pueblo español sus directores, políticos de oficio, durante noventa años, ha tenido éste una resistencia tan colosal, que no se dará un ejemplo igual en la historia de la humanidad? Se dirá que precisamente esta resistencia tan prolongada por la vida, sin períodos de descanso suficientes para recobrar las energías perdidas, lo ha imposibilitado para la vida, y que por eso, los alardes de vigor, hechos últimamente, no han

sido otra cosa que los espasmos de la agonía; pero yo pregunto: ¿qué se quería que hiciera un pueblo de dieciocho millones de habitantes, arruinado por una plaga de políticos que, unas veces por ideas, otras por medrar, se ha disputado el poder, sin tregua, durante todo el siglo; que ha sostenido dos guerras carlistas de siete años cada una; que ha mantenido una campaña gloriosa, aun cuando sin provecho, en Africa; que luchó durante diez años en la insalubre manigua cubana, y que últimamente se ve envuelto en las guerras separatistas de Cuba y Filipinas? ¿Cómo, después de todo esto, hacer frente á los Estados-Unidos de modo que fuese suya la victoria, cuando la nación enemiga contaba setenta y seis millones de habitantes y tesoros apenas empezados á gastar? ¿Qué hacer un pueblo, como el español, con una educación é instrucción, que está á mucha distancia de dar iniciativas y previsión del porvenir, frente á una nación con iniciativas y voluntad enérgica para ir al fin que se propone, aun cuando para ello tenga que violar los principios más rudimentarios del derecho de gentes? No obstante, con todo y con eso, si nuestros marinos hubiesen contado, además del valor que en ellos es característico, con la práctica de las máquinas en que iban y la resistencia y poder ofensivo de los barcos americanos, aun cuando nuestras naves hubiesen sido menos en número, otra hubiera sido nuestra suerte en los combates y otro el resultado de la campaña.

Todo cuanto ha hecho el pueblo español demuestra, lejos de señales de muerte, indicios de grandes energías,

que todavía le restan, pero que ni han sido unificadas, ni especialmente dirigidas á un objeto definido. El hombre, que necesitaba el pueblo como guía, no apareció en esta ocasión; mas esto no quiere decir que el pueblo esté muerto; hagámosle, nosotros que nos dedicamos á la enseñanza, con pensamiento y lógica propios, y él se levantará de su ruina rejuvenecido y con un porvenir interminable.

XVII

Resulta, pues, que, si los ideales son los que mueven á los pueblos, como las ideas mueven á los individuos, cuanto más grande sea el sentimiento con que los individuos sientan los ideales comunes religiosos, morales, intelectuales, estéticos y políticos, tanto mayor será el esfuerzo, que el conjunto pueblo ponga en la consecución de aquéllos, y tanto más estrecha la unión de los individuos para realizar el fin común propuesto; pero este sentimiento no alcanzará todo el vigor, energía y la resistencia necesaria, que implica la perseverancia tenaz en el mismo hasta que se consiga cumplir, si no es educada la facultad sensible y á fuerza de hábito fortificada, si no lo es la inteligencia para conocer la realidad, prescindiendo de los incentivos de la curiosidad, y si no lo es la voluntad, que, con la aptitud de resistencia que le da la educación, toma sus resoluciones con decisión é impera á las demás facultades, para que per-

manezcan en el ejercicio que les es propio. Mas tampoco basta la educación de las facultades; necesitase que la inteligencia se instruya para que el ejercicio de las potencias sea iluminado y no haya extravío en el camino emprendido, y puedan cumplirse todas las leyes. Y como, cuando esto sucede, el hombre no puede menos de ser íntegro, probo y fuerte para cumplir el deber, claro está que cuando todos los hombres de un pueblo cumpliesen así sus destinos, éste no podría dejar de ser próspero y tener vida lozana y exuberante; luego el porvenir sólo puede ser de aquellos pueblos que, al vigor de sus sentimientos por los ideales comunes, unan en su mayor grado la educación de sus facultades sensibles, intelectuales y volitivas, y la más completa instrucción de la inteligencia.

En una época, aun no lejana, la bravura, la caballeridad, el bien decir, las aptitudes literarias y artísticas constituían los factores predominantes de la vida social; y gracias á estas cualidades brillantes, que han poseído en alto grado los latinos, y sobre todo, los españoles, pudieron encontrarse á la cabeza de todas las naciones. Pero no en balde la humanidad se ha ido perfeccionando, y si, antes para esta perfección se atendía sobre todo á la instrucción, esta misma instrucción hizo ver á los pensadores que también convenía educar á las facultades humanas todas, y no dejarlas abandonadas á la educación espontánea de su natural obrar, para que con más energías é iniciativas propias, todos trabajasen en hacer más sólida y eficaz la instrucción, y, muy especialmente, para que, dada la perfectibilidad de la

naturaleza humana, tuviese realización en todas las esferas; lo que, unido al grado de desenvolvimiento industrial, geográfico y económico alcanzado por la Edad moderna, ha hecho que las condiciones de superioridad de un pueblo no consistan ya en aquellas cualidades dichas, sino que además se exijan otras aptitudes y condiciones como son: las iniciativas personales, el pensamiento y lógica propios y una voluntad de acero hecha á fuerza de hábito para realizar cualquier propósito.

Vosotros, mis queridos compañeros, que, por vuestro asiduo trabajo en la ciencia, habéis adquirido un nombre respetado y respetable, no dejéis de pedir á los gobiernos la regeneración de la enseñanza hasta que consigáis que se dé educativa é instructivamente y en armonía con las edades del alumno; pues sólo de los gobiernos, mientras esté á cargo del Estado esta función social, pueden emanar las disposiciones y medios necesarios para esta reforma tan trascendental é importante de los pueblos latinos y en especial del nuestro. Vosotros mismos haced desde luego cuanto podáis en la cátedra para que las generaciones, que nos sucedan, sean educadas é instruidas, y se ingiera en sus caracteres psicológicos la savia del vigor en el sentimiento de los ideales, con objeto de que cambie la indolencia de hoy por la diligencia en el trabajo, la imprevisión que nos mata por la previsión que asegura el mañana, la debilidad de la voluntad que nos hace esclavos de nuestras propias pasiones por el carácter é iniciativas de una voluntad dueña de sí, que las hará libres, el pensamiento ajeno por el nacido de la

propia reflexión, que las hará prudentes y aptas para llenar sus fines particulares y los comunes sociales.

Y vosotros, jóvenes alumnos, que habéis pasado por la escuela y el Instituto, como el mercurio pasa por el cristal, adquiriendo ideas con lógica y pensamiento prestados, empezad á volver vuestra inteligencia sobre ella misma, que todavía es hora; no os precipitéis en alcanzar el diploma de la carrera facultativa, que habéis emprendido ó vais á emprender; habituad antes vuestra voluntad en el ejercicio de su finalidad el bien, acostumbándola á vencer los impulsos ciegos del instinto y los tempestuosos de las pasiones, y luego que esto hayáis conseguido, tendréis fuerza bastante en ella para querer repetir los ejercicios laboriosos, sí, pero fructíferos, que á vuestra inteligencia habitúen á pensar, á poner enfrente, unas de otras, las ideas y á sacar de sus relaciones consecuencias legítimas, para acostumar á la sensibilidad física á percibir las cualidades del mundo sensible, y á la sensibilidad afectiva á extasiarse con las emociones puras de la realidad, hecha presente como verdad, bondad y belleza ante vuestra realidad anímica. Si así lo hacéis, levantaréis á vuestro pueblo de la prostración en que yace, con vuestra probidad é integridad en la administración, con vuestra prudencia y justicia en la distribución de los bienes y mercedes, con vuestra exactitud al juzgar y con vuestro amor, sentimiento y fe en los destinos del pueblo de que formáis parte.

HE DICHO.



